LOS HOMBRES de la historia

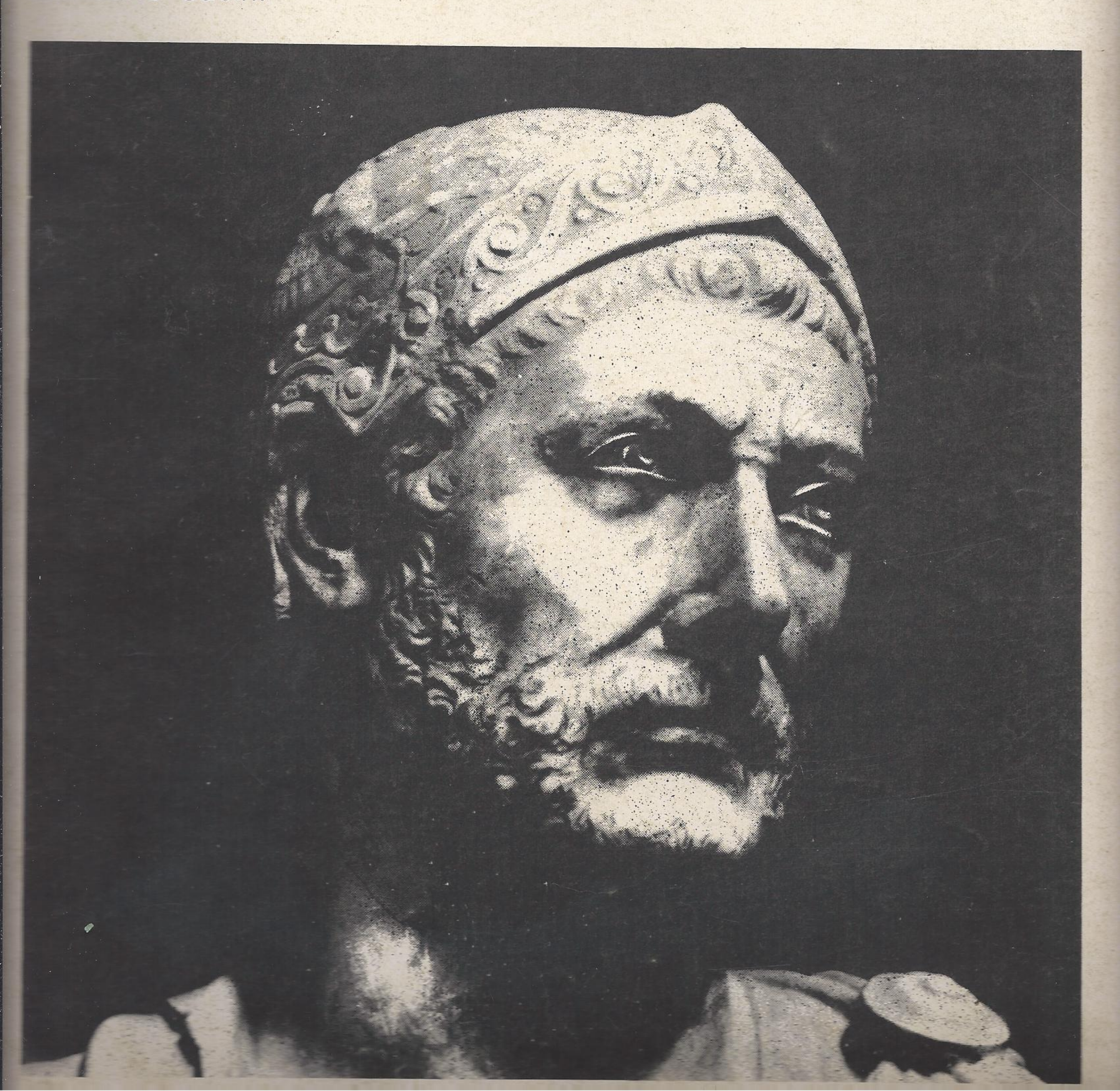
151

La Historia Universal
a través de
sus protagonistas

Aníbal

Centro Editor de
América Latina

Giancarlo Susini



En el 183 a. C. Aníbal murió envenenado en la corte de Prusia pero, en cierto aspecto, no murió entonces, ni luego, ni tal vez nunca. Ningún hombre, ningún general, ningún extranjero suscitó en Italia una onda emotiva tan tenaz y duradera, a través de milenios y hasta hoy como Aníbal.

La toponimia lo delata. Todo lo que es antiguo y colosal o sorprendente puede llevar el nombre de Aníbal: un puente arriesgado construido con grandes bloques o una fuente tan grande que en ella pueden beber elefantes

Pero el mito nació en una circunstancia. Roma crecía. Cartago era una gran potencia: presente en Sicilia y Cerdeña, en Iberia, y dueña de las principales vías comerciales marítimas, basó el secreto de su poderío en la capacidad de explotación, mediante las escalas costeras y las líneas de navegación, de los más grandes potenciales productivos terrestres europeos. Y es difícil comprender la decisión por la cual la clase dirigente de Cartago afrontó la guerra con Roma y, sobre todo, es difícil comprender la tenacidad con que se persiguió un plan de conquista por la vía terrestre, en lugar de intentar, por ejemplo un desembarco por mar, si no se reflexiona acerca de la amenaza que significaba Roma para la potencia púnica por su política terrestre que le arrebataba a Cartago las fuentes productivas no marítimas.

Así se gestó la guerra que tuvo por protagonista indiscutido a Aníbal, un político y un estratega de excepcionales talentos, envuelto en una lucha obstinada contra Roma.

Llegó a la península para abatirla: todas sus jornadas fueron largas, algunas gloriosas - Trasimeno, Cannas -, otras fatídicas - Metauro, Zama -. A su paso, extrañamente, contando con la desunión, dejó a Italia más amalgamada que nunca.

Esta obra fue publicada originalmente en Italia por la Compagnia Edizioni Internazionali S. p. A. Roma - Milán

Director Responsable: Pasquale Buccomino

Director Editorial: Giorgio Savorelli

Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Brini, Ido Martelli, Michele Pacifico.

151 - Aníbal - La Edad de Grecia

Este es el quinto fascículo del tomo La Edad de Grecia (Vol. II). La lámina de tapa pertenece a la sección La Edad de Grecia del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 151

Alinari: p. 87 (1); p. 89 (1,2); p. 92 (1,2,3); p. 97 (4); p. 104 (1). Fototeca Unione: p. 89 (4); p. 96 (1,2); p. 97 (3); p. 100 (2).

Instituto Arqueológico Germánico, Roma: p. 89 (3).

R. Bencini: p. 91 (1,2); p. 94 (1,2); p. 98 y 99. SEF: p. 94 (3).

Malvisi: p. 107 (1). Scala: p. 11 (1).

Traducción de Antonio Bonanno.

Cangallo 1228 - Buenos Aires
Sección Ventas: Rincón 87 - Buenos Aires

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Hecho el depósito de ley.
Impreso en los Talleres Gráficos de Sebastián de Amorrortu e hijos S. A., calle Luca 2223.

Aníbal

Giancarlo Susini

Mitad del siglo IX a. C.

Fecha tradicional de la fundación de Cartago, en el ámbito de la expansión comercial y política de los *phóinikes*; en los siglos siguientes crece la red de los intereses económicos cartagineses en el Mediterráneo occidental y más allá del estrecho de Gibraltar.

Mitad del siglo VI a. C.

Llegada y expansión de los cartagineses a Sicilia, y contacto con los griegos; disputa con los foceos, en acuerdo con los etruscos, por la posesión del Tirreno medio; batalla de Alalia; primer tratado comercial y de navegación entre Cartago y las ciudades etruscas y latinas, entre ellas Roma.

Primeros decenios del siglo V a. C.

Los griegos detienen definitivamente la penetración etrusca y cartaginesa en el Tirreno meridional y en Sicilia (batallas de Imera, 480, y de Cumas, 474 a. C.).

295 a. C.

Los romanos vencen en Sentino a los confederados itálicos y galos; en los decenios siguientes continúan con fases alternas las luchas con los galos boios.

278 a. C.

Entre las operaciones contra los tarentinos y contra Pirro, los romanos estipulan un nuevo pacto con Cartago; crecen los intereses y los motivos de contacto y de conflicto con Cartago, también en Sicilia.

265-241 a. C.

Primera guerra púnica; los romanos baten a los cartagineses por mar en Milazzo (260), son derrotados en África (Atilio Régulo, 256) y vencen definitivamente en las Égadas (241).

247-246 a. C.

Nace Aníbal; la guerra contra los romanos es confiada a su padre, Amílcar.

Después del 238 a. C.

Los romanos inician la conquista de la Galia Cisalpina, combatiendo a los ligures y a los galos boios; Flaminio promueve la colonización del agro de los sénones (232) y conduce las operaciones militares; entre tanto, los cartagineses completan la conquista de gran parte de la península ibérica y preparan allí un ejército muy adiestrado; en el 231 y en el 219 los romanos pelean también dos guerras en Iliria, que amplían su esfera de influencia en el Adriático, pero que preocupan a Macedonia; en el 218 son fundadas las colonias de Piacenza y de Cremona.

218 a. C.

Aníbal atraviesa el Ebro, los Pirineos, el Ródano y los Alpes, a la cabeza de un gran ejército púnico, reforzado con tropas ibéricas y formaciones célticas; son las primeras operaciones de la segunda guerra púnica.

218-202 a. C.

Segunda guerra púnica, caracterizada primero por una serie de grandes victorias de Aníbal en Ticina, en Trebbia, en Trasimeno (217), en Cannes, (216); la guerra se prolonga hasta determinar el deterioro de los cartagineses, quienes promueven la apertura de un segundo frente en Macedonia (215); entre tanto, los romanos inician la conquista de la península ibérica y destruyen el ejército de Asdrúbal, quien había acudido en ayuda de su hermano, en Metauro (207); en el 205 concluye la primera guerra macedónica, e inmediatamente después la guerra es llevada a África, donde Aníbal, que había sido llamado, es defintivamente batido en Zama (202).

200-197 a. C.

Segunda guerra macedónica.

196 a. C.

Los romanos inducen a los cartagineses a desembarazarse de Aníbal, quien huye a Tiro y se refugia junto a Antíoco el Grande.

191-188 a. C.

Guerra siria; Aníbal alienta la posibilidad de nuevas expediciones contra Italia; es batido por mar por los romanos.

183 a. C.

Aníbal, que se había refugiado junto al rey de Bitinia, en guerra con Pérgamo, es abandonado a los romanos y se mata.

146 a. C.

Cartago es destruida al finalizar la tercera guerra púnica.

Los intereses cartagineses en el Mediterráneo y el encuentro con Roma

Que Aníbal, cuando niño, fuera conducido por los familiares al ara de los dioses patrios para jurar odio eterno a los romanos, es uno de los relatos preferidos por la historiografía antigua, en el intento de proporcionar la clave bibliográfica, de descubrir el germen biológico del plan político que dominó toda la vida del cartaginés; por otra parte, su personalidad es tan compleja, dado que se resumen en él las razones y los estímulos de un entero mundo que había llegado al umbral del diálogo extremo con los competidores, que aun los narradores modernos no pueden prescindir, casi nunca, de evocar el episodio de la infancia de Aníbal.

Sin duda, nos servirán más, para descubrir los componentes del proceso formativo de la personalidad de Aníbal, los sucesos que su infancia presenciara, o por lo menos aquéllos de los que él oyó hablar y de los que sufrió los reflejos y que lo iniciaron en el razonamiento político. Trece años antes del nacimiento de Aníbal, en el 260 a. C., los cartagineses, empeñados con Roma en la que será luego definida como la primera guerra púnica, sufrieron en las aguas de Milazzo la primera seria derrota naval. Recientes investigaciones demostraron que los "cuervos", o sea las planchas de abordaje que los romanos del cónsul Duilio habrían inventado y aplicado a sus naves y que habrían sido el origen de la clamorosa derrota púnica, nunca existieron, y que fueron en cambio un malentendido de la historiografía antigua causado por la versión interesada que del encuentro diera el estado mayor cartaginés, en el intento de justificar a los ojos del propio gobierno la derrota sufrida. Pero esta mentira histórica ofrece una pauta de la preocupación que podía causarles a los cartagineses una derrota marítima. En el 257 otra flota púnica fue aplastada en las aguas de Tindari, la base naval de Lípari fue devastada e inutilizada por largo tiempo, y la ofensiva romana se expandió hasta Malta. La posesión cartaginesa de gran parte de Sicilia se veía, así, en serio peligro. Poco después Cartago salía vencedora del encuentro en suelo africano con el ejército romano que allí había desembarcado, en una tentativa de solución del conflicto, guiado por Lucio Manlio Vulsón y por Marco Atilio Régulo. Todos estos sucesos, que sacudieron la mente del Aníbal niño y que formaban el objeto de la experiencia más viva de la clase dirigente cartaginesa, llevaban a algunas conclusiones: 1) Roma significaba para Cartago un peligro gravísimo, dado que atentaba directamente contra la fuerza del poder púnico hasta ese momento invicta, que era su potencia en los mares; 2) era posible batir a los romanos por tierra; 3) las vicisitudes de Vulsón y de Régulo en África, durante la expedición de éstos, cuando los dos cónsules no habían sabido aprovechar el juego sutil de las rebeliones latentes entre las poblaciones africanas sujetas a Cartago contra la dominadora, demostraba que la diplomacia púnica podía considerar razonablemente que obtendría un fácil éxito en la contienda con Roma, siempre que esta contienda no se resolviera exclusivamente en un duelo frontal sino que comportara también una acción de alianzas y acuerdos en un tablero de largo alcance.

En esto pensaba Amílcar, el padre de Aníbal, quien sin embargo tomó la conducción del ejército púnico demasiado tarde para esperar subvertir las suertes del conflicto; cinco años después del comienzo de su comando, en las aguas de las islas Égadas (242) Cartago sufría el vuelco conclusivo de la primera guerra púnica. No habían sido experiencias vanas; los decenios del 260 al 240 a. C. formaron los mejores ingenios, políticos y militares, de las dos partes: en Roma los Escipiones, Cayo Flaminio, Quinto Fabio Máximo, y en Cartago, Aníbal. Pero resulta difícil comprender la estatura de los protagonistas si no se traza un horizonte de los intereses que condujeron al conflicto, y que justifica, en su trágica inevitabilidad, la tensión de aquellos que lo vivieron.

Hemos visto la importanca de la evaluación de los hechos marítimos entre los políticos cartagineses: del mar, Cartago había extraído secularmente, y continuaba extrayendo, su principal razón de vida; es todo el organismo del estado púnico el que se nutre de una linfa, y se rige mediante una estructura, determinada por su poderío en los mares del Mediterráneo occidental. En este espacio del universo los cartagineses son, efectivamente, los herederos y los continuadores de los fenicios; más aún, con la crítica moderna, diremos que son los continuadores de los *phóinikes*: con este nombre los antiguos designaban a una multitud de navegantes y comerciantes que, en el ámbito de verdaderas talasocracias rodiofenicias, se movilizaron desde las costas del Mar de Levante —o sea también desde aquella tierra que tomó después el nombre de Fenicia— y de algunas islas de las Esporadas meridionales hacia rutas infinitas y en parte desconocidas a lo largo de las costas europeas y africanas del Mediterráneo, y también más allá de las columnas de Hércules, o sea el estrecho de Gibraltar. Todo esto ocurrió a partir del mil a. C., es decir, después del epílogo de la talasocracia de Micenas, cuando la caída del reino hitita había creado desde hacía tiempo un pavoroso vacío de poder en Anatolia, cuando nuevos pueblos competían en movimientos de expansión de oriente hacia el Mediterráneo y la Europa continental, gozando de las ventajas del uso extendido del caballo, de la explotación y de la elaboración del hierro y de otros metales, de otros descubrimientos y aplicaciones tecnológicas. Es un momento de "diáspora" para los pueblos que habían gozado de la organización política de los micénicos; es un momento de búsqueda de fuentes productivas (sobre todo hierro y estaño) y de transformaciones sociales, con el ascenso inevitable de nuevas *élites*, creadas por el proceso de selección implícito en las nuevas empresas ultramarinas. Por otros dos siglos, sobre la huella de los "nòstoi", de los "retornos" de los héroes homéricos y de Ulises, los *phóinikes*, esta gente de diverso origen, ligados casi exclusivamente por el interés económico —y entre los cuales ya se destacaban los semitas de Tiro, la opulenta ciudad de Fenicia que se consideraba la metrópolis de Cartago— recorrieron el Mediterráneo, implantaron escalas, trazaron derroteros, frecuentaron a los indígenas (íberos, ligures, luego los celtas, recién llegados a la Europa central, y los libios en África, y antiguos y nuevos habitantes de Cerdeña y Sicilia, y también un pueblo llegado en torno y después del mil a las costas tirrénicas, los etruscos), dejaron su impronta en los nombres de lugares de raíz semítica y en los yacimientos de cerámica de manufactura rodia. Al término de este proceso, todo el Mediterráneo, y también el mundo de los orígenes, o sea el cercano Oriente y Grecia, se estabilizaron en un nuevo equilibrio político: las ciudades de Fenicia, en una sólida estructura autonomista al servicio de los grandes imperios, se habrían sucedido a sus espaldas, de la Mesopotamia al altiplano iránico, con el debido respeto por los faraones que siempre presionaban desde el mediodía; las ciudades griegas de la costa anatólica, las ciudades insulares del Egeo y de Ática, con Atenas, iniciadas todas hacia la forma política de la ciudad-estado (*polis*) y en los umbrales de un movimiento colonizador propiamente dicho que interesará primero al Ponto Euxino (Mar Negro), luego el Jónico y el Mediterráneo occidental —sobre las huellas de los mismos *phóinikes*—; y los *phóinikes*, en fin, en occidente, ya agrupados en dos reinos principales, el de Tarteso en torno a Cádiz, más allá del estrecho de Gibraltar, dedicado a la explotación y al control de algunas osadísimas rutas atlánticas, y el de Cartago, en el polo opuesto del Mediterráneo occidental, donde el canal de Sicilia tornaba más fácil la supremacía en los mares y las relaciones con la bota itálica. Se llega a la primera fecha anotada por la historiografía antigua para la historia de Cartago, a la fundación de la ciudad, casi un siglo antes de la fecha tradicional de la fundación de Roma, o sea, en torno a la mitad del siglo IX a. C.

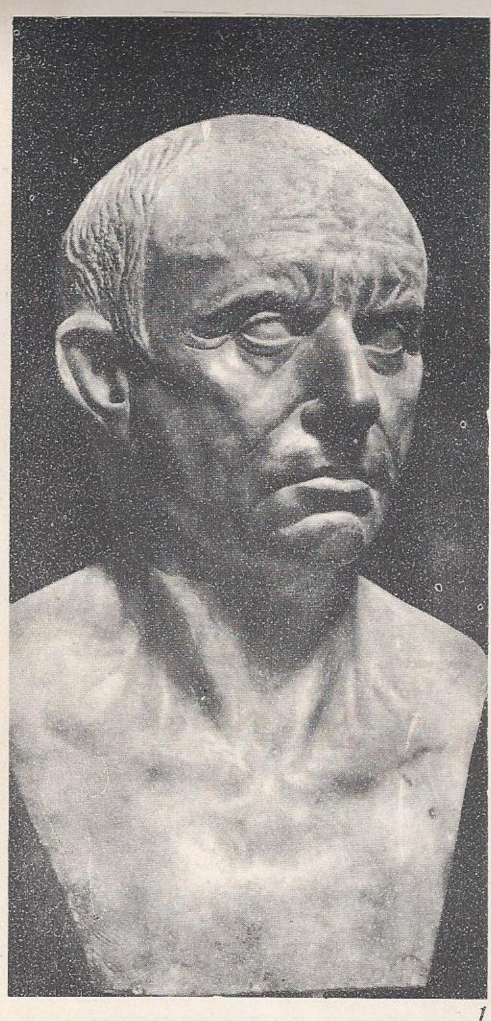
¿Qué heredaron los cartagineses de la experiencia de los orígenes, cuáles factores ancestrales se mantuvieron en su historia hasta revelarse plenamente en el epílogo protagonizado por Aníbal? Ante todo, la clase dirigente púnica conoció la sutil maes-

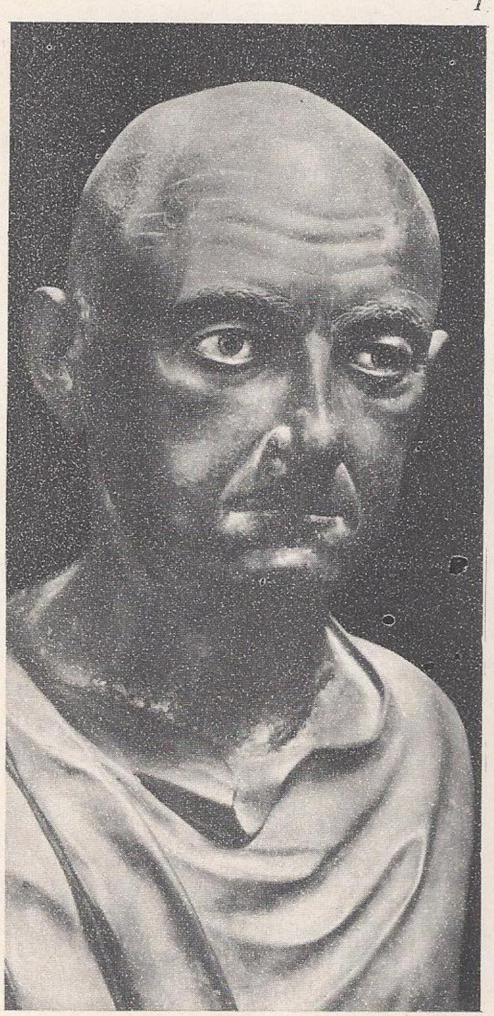
tría de la diplomacia fenicia: las ciudades de la costa levantina del Mediterráneo, habituadas a buscar en la tratativa paciente y hábil el arreglo de toda dificultad política, habituadas a manejarse entre grandes potencias del sur, del este y del norte, a las que prestaban las flotas y las tropas, indispensables para la guerra por mar, y aseguraban el aprovisionamiento de mercaderías fáciles de hallar en los mercados ultramarinos, conocían todas las exquisiteces del protocolo, la necesidad de formar categorías de diplomáticos de carrera, de conocer las lenguas, de adaptarse a hablar una lengua "franca", de conceder en el propio marco urbano áreas "francas", verdaderos almacenes y zonas comerciales, de contemplar los derechos que fundamentaban las cláusulas más sutiles del contrato con los extranjeros, de mantener archivos actualizados de la correspondencia intercambiada con todas las cortes. Ésta es la diplomacia fenicia, ésta será la diplomacia cartaginesa, desprejuiciada, dedicada a lo práctico, propulsora y hábil concertadora de alianzas: la vida de Aníbal —tal vez su aspecto menos conocido— desde los preparativos en Iberia para el descenso en Italia hasta las tratativas ante los soberanos helenísticos en los últimos años después de la derrota definitiva, resume todas estas experiencias. Otra herencia fundamental de la talasocracia de los *phóinikes* fue, para los cartagineses, la pericia marinera: los arsenales de Cartago eran celebrados por los implementos de invasión y por la provisión de los instrumentos. Las naves, los remos, los cordajes, las velas, eran tan importantes como el vigor de los remeros y la maestría de los pilotos; a esto debe agregarse el conocimiento de las costas y de los puntos de posible recalada (posibilidad de reabastecimiento, maderas para reparar las naves, fuentes en las cuales obtener agua dulce, como lo demuestra el periplo cartaginés de Anón que navegó desde más allá de las columnas de Hércules hasta la altura de las islas del Cabo Verde), y la capacidad de traducir las nociones marineras en perfiles cartográficos, en derroteros. Además, los cartagineses tuvieron un verdadero sentido del mar, del que por largo tiempo, en cambio, carecieron los romanos, hombres de tierra, agricultores, agrimensores, mejoradores del suelo. Cuando los romanos comenzaron a navegar y a vencer en el mar, Aníbal invirtió los términos e intentó batirlos en tierra. El sentido del mar para los cartagineses (y antes que ellos, para los *phóinikes*, y contemporáneamente para los etruscos) significó exacta conciencia del elemento fluido, donde no se demarcan los confines, donde se puede, al fin de cuentas, robar al incauto navegante que se encuentra de proa, ya que las olas se ocupan de borrar las huellas de los hombres asesinados y de las naves despojadas y hundidas; el sentido del mar significó el tener conciencia del formidable instrumento



1

1. El retrato tradicional de Aníbal. Nápoles, Museo arqueológico nacional (Alinari).


1


2

de poder que consistía en garantizar a los pueblos que se asomaban al Mediterráneo occidental justamente la "policía de los mares", la garantía de la escolta, a alto precio, de los convoyes contra los piratas. Roma enfocará estos problemas esencialmente un siglo después de la desaparición de Aníbal, con la guerra piratesca confiada, con poderes excepcionales, a Pompeyo, y luego con la institución de las flotas regulares augusteas; pero entonces el Mediterráneo se habrá convertido en un lago totalmente romano desde el punto de vista político, y no existirá porción de tierra aledaña al mismo que no sea ya provincia romana. Para Cartago, en cambio, en el mar se resuelve en propia ventaja, con la mediación de su marinería, la relación entre pueblos de diversa estructura política, a los que les asegura la protección contra los salteadores, a la vez que ella misma no desdeñaba realizar lucrativas operaciones de piratería: las controversias clausídicas del derecho internacional se asociaban así al preeminente derecho del más fuerte.

La historiografía antigua deseó ligar la trama de las relaciones entre Roma y Cartago a una *arché* de carácter jurídico: el denominado primer tratado entre las dos potencias, que habría sido estipulado en torno al 509 a. C., en una fecha displuvial para la historia de la sociedad del mundo clásico, o sea, en torno al mismo año en que Roma habría abandonado definitivamente la estructura "monárquica" para dar lugar a una evolución definida como republicana, y en Atenas, Clístenes estaba por concluir el largo proceso social abierto por Solón con una constitución democrática de base territorial. Luego de largas elaboraciones de la crítica, naturalmente dubitativa frente a la noticia de tal tratado, no atestiguado convenientemente, entre una auténtica potencia hegemónica mediterránea como era entonces Cartago, y una minúscula ciudad-estado, de alguna importancia sólo por la posesión de un importante vado sobre el Tíber, como era Roma, los recientes descubrimientos arqueológicos en el ámbito de la ciudad etrusca de Pyrgi (Santa Severa) al norte de Roma, que era la escala marítima de Cerveteri, revelaron la existencia, justamente en torno al fin del siglo VI a. C., de una importante fundación púnica, con santuarios propios y con la costumbre de actas bilingües, como las dedicatorias que aparecen en laminillas de oro que estaban redactadas en etrusco y en púnico. Si casi en los umbrales de Roma existía la costumbre, en la época del presunto tratado romano-cartaginés, de traducir ciertas actas a las dos lenguas, se puede concebir la idea de que efectivamente se había estipulado un tratado en tiempos anteriores entre Cartago y las ciudades etruscas ribereñas, y que tal tratado haya sido luego extendido o, de todos modos, considerado válido también para Roma, que en el 509 salía de la órbita etrusca con la expulsión de los Tarquinios.

El tratado contenía algunas cláusulas precisas, que sirven para comprender la política cartaginesa marítima: el Tirreno y el Mediterráneo eran distinguidos en áreas de influencia, una septentrional donde se aseguraba el primado de los contrayentes, ya sean etruscos y romanos, pero también la libertad del tráfico para los cartagineses, quienes debían comprometerse a no realizar pillaje y a no colocar guardias armadas en las costas latinas (ello revela, por lo menos, que Cartago intentaba hacerlo); una zona intermedia en la cual se aseguraba la libertad de tráfico a etruscos o romanos pero con la supremacía del control cartaginés, y un área meridional que era de absoluto dominio y monopolio púnico. El tratado concluía un período de feliz asociación entre cartagineses y etruscos, que se abriera hacia el 545 a. C. con la batalla de Alalia: esta ciudad de los griegos de Focea, situada en la costa oriental de Córcega, dio nombre a una contienda de proporciones colosales realizada en el mar hacia el Elba; los protagonistas fueron los griegos de Focea, quienes intentaron imponer en el Tirreno medio aquella señoría que ya habían establecido en el golfo de León con la fundación de Marsella (que antes había sido una escala de los *phóinikes*, como lo demuestra la raíz semítica de su nombre), y los etruscos, sobre todo aquellos de Cerveteri —por otra parte, ligados al mundo griego al punto de poseer un *thesaurós* en el santuario de Delfos— con el apoyo de los cartagineses. La batalla —escribe Heródoto— se resolvió en una "victoria de Cadmo", lo que equivaldría a decir una victoria de Pirro, y los griegos abandonaron la partida; en la actualidad, la fotografía aérea parece haber descubierto, en el camino entre Cerveteri y Pyrgi, la tumba en la que fueron sepultados los prisioneros griegos de la batalla de Alalia, masacrados por los etruscos. Así, la segunda mitad del siglo VI a. C., representó el momento en que los cartagineses realizaron el máximo esfuerzo por imponer su talasocracia sobre el Tirreno; tuvieron como aliados, tal vez, a los etruscos, como en Alalia, pero la batalla de Cuma del 474 a. C. entre estos últimos y Ierón de Siracusa debilitó el poderío etrusco en Campania, así como seis años antes la batalla de Imera había bloqueado la expansión cartaginesa en Sicilia. En el vacío de poder entre la Etruria toscana y la Campania, Roma crecía. Cartago había perdido la partida en el Tirreno, y el Mediterráneo occidental iba asumiendo los contornos políticos fundamentales mantenidos hasta el primer conflicto con Roma: la presencia cartaginesa en Sicilia y en Cerdeña, fuertes intereses púnicos en Iberia, y el dominio por parte de Cartago sobre las principales vías comerciales marítimas. El secreto del poderío cartaginés se polarizó en la capacidad de explotación, mediante las escalas costeras y las líneas de navegación, de los más grandes potenciales productivos

3

1. *Presunto retrato de Catón el Viejo. Roma, Museos Capitolinos* (Alinari).

2. *Escipión el Africano. Nápoles, Museo arqueológico nacional* (Alinari).

3. *Vista de Cartago.* (Instituto arqueológico germánico, Roma).

4. *Restos de los antiguos muros de Roma con obras de defensa* (Fototeca Unione).



4

terrestres europeos. Sin embargo, no comprenderemos la tenacidad de Aníbal al perseguir un plan de conquista por la vía terrestre, en lugar de intentar, por ejemplo, un desembarco desde el mar (como habían hecho los romanos en África con Régulo, como había hecho antes que él el siracusano Agatocles y como hará Escipión), si no reflexionamos acerca de la amenaza que Roma significaba para la potencia púnica por su política terrestre, que le quitaba a Cartago las fuentes productivas no marítimas.
Cuando luego Roma demostró que podía abatir a Cartago por mar, la decisión de Aníbal en cuanto a una expedición continental fue considerada la única salida posible para eliminar al adversario. ¿Cuáles eran las ventajas que Aníbal esperaba lograr concretamente de una expedición por tierra? Veamos, ante todo, la relación que ligaba a los cartagineses con los pueblos europeos que vivían de una economía y de una estructura eminentemente continentales: estos pueblos eran los iberos y los celtas o sea los protagonistas, junto con los itálicos, de la historia nacional de la Europa occidental. Se ha dicho que también Cartago, como los principales centros políticos del Mediterráneo en la época clásica, era una ciudad-estado; en realidad, un grupo de familias, o sea una oligarquía, expresada institucionalmente por el senado de Cartago, detentaba el poder, manifestado también mediante el sacerdocio de las principales divinidades, y poseía directamente el territorio que circundaba a la ciudad: esta oligarquía se originaba, entonces, en una aristocracia terrateniente, casi en los mismos términos signados por el desarrollo social e institucional de Roma, y ella misma era la expresión real del poderío de Cartago, o sea de un poderío mercantil, nacido del ímpetu colonizador, de la iniciativa y del espíritu de lucro de algunas familias. Como Roma, pero con formas diferentes, también Cartago aplicaba con sentido práctico diversas formas de asociación, de contrato, de estatuto, a los pueblos que en algún modo lograba reducir a su dominio; no eran muchos estos pueblos, porque la política cartaginesa nunca fue una verdadera política continental y porque Cartago ignoró siempre las formas de la verdadera agregación política de pleno derecho, de la *propagatio civitatis* y de sincretismos en los que Roma fue maestra. Libia, algunas regiones de Numidia y de Mauritania, fueron en momentos diversos y mediante diversos tipos de sujeción la fuente de las más importantes riquezas necesarias a Cartago, por ejemplo, de los hombres necesarios para las empresas militares; por este motivo se vieron en Italia junto a Aníbal a libios, numidios y mauritanios. El equilibrio de los poderes de Cartago, entonces, se basa en el albedrío y en el juego de intereses de las familias senatoriales; entre éstas tenían preeminencia los Barca, a los cuales pertenecieron Amílcar y su hijo Aníbal. Sea por la inevitable reacción de las otras familias contra la mayor, sea por el entendimiento de nuevas realidades sociales y de nuevas necesidades políticas, a las cuales era preciso satisfacer, los dos Barca promovieron una política de ampliación de iniciativas en sentido popular, que si bien no tiene las características sociales de un moderno partido democrático, de todos modos es perfectamente parangonable a los propósitos de las principales *gentes* de los *populares* de Roma; para Amílcar, no menos que para Aníbal, resultaban claras las necesidades militares del Estado, no siempre solucionables en forma provechosa mediante el enrolamiento de tropas mercenarias, así como también estaban presentes las exigencias del pueblo más pequeño de Cartago y de las otras ciudades púnicas: era oportuno para los Barca, entonces, asegurarle a la plebe y sobre todo a los pequeños empresarios y a los pequeños propietarios un respiro económico y de iniciativa, que podía ser solamente ofrecido por la posesión estable de nuevas tierras y por la explotación directa de algunas fuentes de producción. Nunca se llegaría al sistema de la *apoikía*, o sea de la colonia de tipo griego, que era una proyección propiamente dicha, aun espiritual, de la ciudad metrópolis, ni a la colonia de poblamiento típico del mundo romano, como era la colonia de derecho romano, pero de todos mdos se abrían nuevas vías de expansión económica, obteniéndose —como para Roma— también el importante resultado de alejar de la capital a las masas susceptibles de propósitos destructivos.

Aníbal continúa la política de los Barca

Ésta fue, a partir de Amílcar, la política de los Barca, y en tal política Aníbal fundó su plan de resolución militar del problema político del Mediterráneo occidental. Esta política se concretó en la ampliación de las bases púnicas en Iberia y en el establecimiento de un verdadero dominio cartaginés en parte de la península ibérica. Como siempre, se trató para Cartago de una medida y de una relación esencialmente práctica, volcada a fines concretos y realizada sin un propósito ideal. Éste es un elemento que debe ser tenido en cuenta toda vez que se encaran los grandes temas de la historia semítica en el Mediterráneo, si se excluyen naturalmente las vicisitudes y el patrimonio ideal de los hebreos. Nosotros nos maravillamos aún hoy del hecho de que hayan quedado muy pocos escritos fenicios, aun cuando los fenicios elaboraron el novísimo instrumento del alfabeto que luego transmitieron a los griegos y de ahí a todas las civilizaciones históricas, excluidas las civilizaciones del Oriente Central y Extremo y del mundo árabe; nuestra sorpresa se incrementa cuando pensamos que en cambio los griegos de los primeros siglos después del mil, después del medioevo de ellos, dejaron textos inscriptos en material durable, y estos textos son verdaderos monumentos del espíritu. Pero debemos pensar que los escritos fenicios eran casi exclusivamente escrituras comerciales, que se trazaban sobre una hoja de papiro o de otra corteza delgada y por ende transportable luego por el mercader, y que a los fenicios no les interesaba particularmente asegurar a la posteridad, en la piedra o en el bronce, la fórmula de la plegaria o del voto ofrecido a la divinidad, o los principios y las elaboraciones de la *politeia*. La civilización púnica, en sus expresiones monumentales, es entonces extraordinariamente pobre y monótona, y tal vez no carece de significado el hecho de que sea más rico el patrimonio monumental en las zonas que fueron de Cartago luego de la caída de ésta, que la documentación de la civilización que emanara de la misma ciudad. Por ello los cartagineses no crearon en las costas ibéricas verdaderas ciudades, como las *poleis* griegas, las *civitates* romanas o nuestras Comunas, sino que se conformaron con fundar plazas fuertes o escalas marítimas y comerciales. También por este motivo, el dominio cartaginés en Iberia durante la máxima expansión con los Barca no abarcó las zonas más densamente pobladas por los celtas, o sea, poseídas por tribus provistas de una estructura política más evolucionada que la de las poblaciones ibéricas o celtíberas de la parte meridional de la península. Si en tal zona la explotación de las riquezas del suelo podía ser directamente controlada por los cartagineses, y con buena utilidad, más al norte y en Galia toda tentativa de penetración a través de la línea eventual de los intereses costeros, no apoyada por auténticos motivos de orden político y social, habría costado más que el provecho que los cartagineses recababan de la comercialización y del intercambio de los bienes, transportados hasta la costa por los indígenas y cambiados por otros bienes. La línea de demarcación del Ebro, establecida por un tratado romano-cartaginés posterior a la primera guerra púnica, signaba efectivamente los límites de los intereses reales de los cartagineses en la península ibérica; y los tratados de aquellos años se revelan más que nunca como un acuerdo entre dos potencias exhaustas y comprometidas en otros problemas antes que como un *diktat* impuesto por los romanos, quienes por otra parte ganaron concretamente las dos grandes islas mediterráneas, primero Sicilia y pocos años más tarde Cerdeña.
La política de los Barca en Iberia se caracterizó sustancialmente por el reclutamiento de un ejército aguerrido, muy eficiente, por el refuerzo de las bases de partida, por la recolección de informaciones acerca de la situación de la potencia romana en Italia. Hubo un momento en el cual pareció que Amílcar deseaba amenazar los intereses de

1, 2. Moneda dc plata de Roma republicana. Milán, Medallero del Castillo Sforza (R. Bencini).







Marsella, ya en relaciones de buena vecindad con los romanos, y estos últimos intervinieron en su favor, pero en realidad la expedición que los cartagineses continuaron preparando, primero con Asdrúbal, yerno de Amílcar, y luego, desde el 221 a. C., con Aníbal, tenía metas más lejanas y decisivas. También la cuestión de las responsabilidades formales de la apertura de las hostilidades, que giraba en torno al ataque púnico en Sagunto, tiene un valor indudable en el plano de la disquisición jurídica y en la evaluación de los intereses reales de las dos potencias en cuanto ir a la lucha, pero en lo que concierne a los planes de Aníbal y a su personalidad, el episodio de Sagunto no es más que el prólogo inevitable, donde quiera que el mismo hubiera tenido lugar, de la empresa que el cartaginés preparaba. Por otra parte, Aníbal no podía sustraerse al convencimiento de hallar más allá de los Pirineos, en Galia, y de los Alpes, en la Cisalpina, una auténtica reserva de hombres suficientemente fuertes en contra de los romanos, para nutrir las filas de su ejército, para facilitarle la marcha y los reaprovisionamientos. No se le escapaban a Aníbal las perturbaciones que las empresas romanas hacia la Cisalpina y la misma Galia acarreaban a las líneas maestras del comercio céltico; la posesión de la vía fluvial padana y eventualmente la utilización de la vía del Ródano podían efectivamente orientar hacia Italia, a través de una comunicación continental, corrientes de tráfico que gravitaban preferentemente hacia el golfo de León y hacia el Mediterráneo occidental, y sobre todo podían incluir las fuentes productivas del continente europeo en el juego político de los romanos. Tampoco se le escapaba a Aníbal el carácter demográfico y realmente colonial de la expansión romana, en condiciones de preocupar altamente a los pueblos celtas, dado que llevaba a la destrucción de sus estructuras sociales, a la transformación de su *milieu* ecológico, al reemplazo político propiamente dicho.

Son conocidos los planes perseguidos por los romanos en la Cisalpina, sobre todo en el veintenio entre el 238 y el 218 a. C., o sea entre las primeras expediciones contra los ligures, a las que siguieron rudas campañas de los boios y la distribución del agro ya poseído por los senones de la costa septentrional del Piceno, y la fundación de las dos colonias romanas de Piacenza y de Cremona. El convencimiento de Aníbal se justificaba, y debemos imaginar que él dedicó mucho tiempo a los contactos diplomáticos con los jefes de las tribus célticas, y que se ocupó de escuchar los relatos de la violenta reacción gálica contra los romanos en la Italia septentrional. Al mismo tiempo le llegaban noticias, directamente o por intermedio de Cartago, del descontento de los griegos de Sicilia, aun del reino siracusano que había sido independizado: este
1 último, también por los efectos del pacien-

2

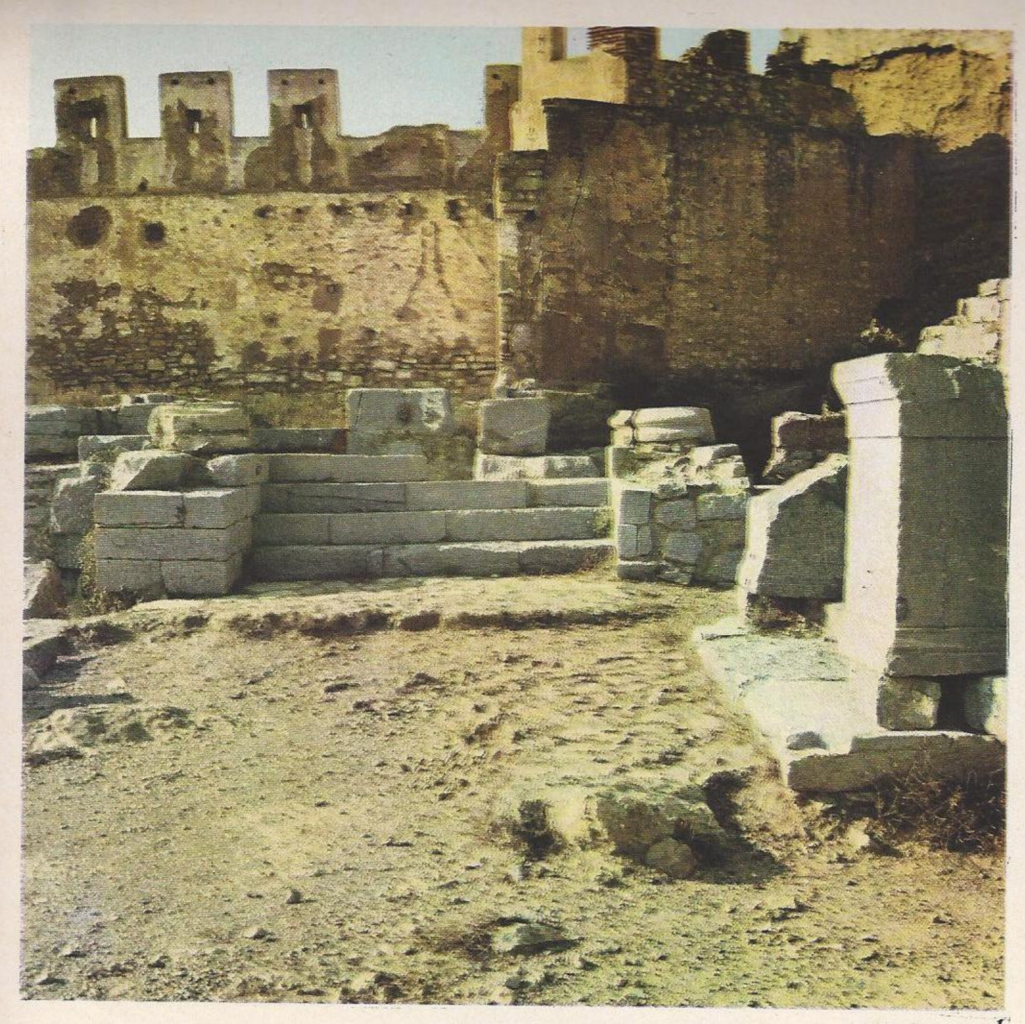
1. Guerrero campanio-sanita del siglo III a. C. Reconstrucción. Roma, Museo de la civilización romana (Alinari).

2. Coraza de tipo campanio-sanita. Túnez, Museo del Bardo (Alinari).

3. Elefante de combate representado en un plato etrusco-campanio del siglo III a. C. Roma, Museo nacional de Villa Giulia (Alinari).



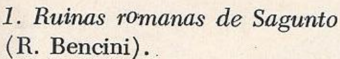
3



1



2



1. Ruinas romanas de Sagunto (R. Bencini).

2. La tumba de los Escipiones en Tarragona (R. Bencini).

3. Vista del Ebro (SEF).

te trabajo diplomático cartaginés, pocos años más tarde, en un momento realmente difícil para Roma, pasó a la parte púnica (215); este rebullir de los sicilianos se reflejaba más allá del Jónico en los estados de las ligas griegas y de los reinos helenísticos, y llegaba muy lejos: algunos se preocupaban ya en Macedonia por la expansión y el consolidamiento del poder romano, sobre todo después de las experiencias de las dos guerras ilíricas (229-228 y 219 a. C.), que habían extendido el protectorado romano hasta Corcyra (Corfú). También otras conviciones nutría Aníbal acerca de la real situación política y psicológica de las poblaciones de la península italiana: pero en este caso, si —como los hechos lo demostraron— se equivocó, ello se debió no sólo al defecto o a la parcialidad de las informaciones, sino también a la dificultad para los cartagineses de comprender los lineamientos, las fuerzas de la política romana, el modo romano de superar los límites tradicionales y los problemas de la ciudad-estado sin realizar por esto el esquema hegemónico de algunas monarquías helenísticas. Éste es un principio que los Estados mayores y las clases dirigentes de los Estados que se asomaban al Mediterráneo, de levante a poniente, no comprendían del todo.

En el mismo año en que los romanos se adueñaban de la vía fluvial del Po con la deducción de las colonias de Piacenza y de Cremona, en el 218 a. C., se iniciaba la empresa de Aníbal en Italia. El cartaginés dejaba a sus espaldas una península bien organizada, floreciente por sus industrias extractivas y sólidamente controlada, sobre todo en la parte meridional, comprendida entre el Tarteso y el Mediterráneo: no por azar esta tierra, convertida en la época romana en la provincia Bética, y luego en el Medioevo en Andalucía, floreció con una cultura muy elevada, por ejemplo a partir del siglo I d. C. y durante los reinados árabes, justamente como aquellos lugares que reúnen en feliz sincretismo las savias de numerosas civilizaciones, es decir, en este caso, *phóinikes*, iberos, celtas, cartagineses, romanos, vándalos y árabes.

La campaña de Italia

La campaña de Aníbal polarizó en modo notorio la atención de los estudiosos de la estrategia, junto con otras célebres empresas, en especial la avanzada de Napoleón hasta Moscú, y —en lo que concierne al plan de algunas batallas— también el descenso de Bonaparte en Italia, sobre todo por la dificultad del pasaje de los Alpes y por la batalla de Marengo, y, en fin, las batallas de Hindenburg en los lagos Masuri durante la primera guerra mundial. También uno de los mayores teóricos del arte bélico, Carl von Clausewitz, se ocupó de los principios de la expedición de Aníbal;



3

ésta ha despertado gran interés y la consiguiente bibliografía, indudablemente más numerosa que en los casos de otras célebres expediciones militares, aun limitándonos a la época antigua solamente, como las expediciones de Darío y de Jerjes en Grecia, la de Ciro y Jenofonte en Anatolia, la de Alejandro. No es necesario que nos detengamos en los detalles de la campaña de Aníbal: para la evaluación de la personalidad del protagonista, será el caso analizar sus capacidades organizativas, sus esenciales dotes estratégicas y también los desarrollos políticos, examinando algunos momentos y episodios significativos. También será considerada otra perspectiva, dado que proporciona la medida del protagonista: el eco —enorme, inimaginable, extraordinariamente duradero— suscitado por el pasaje de Aníbal en la psicología popular italiana.

Uno de los aspectos más clamorosos de la campaña de Aníbal en Italia —de la cual se podrá seguir el presumible itinerario en la cartilla— fue el séquito de elefantes; los pocos ejemplares que Pirro había utilizado en el combate, por ejemplo en Heraclea, habían despertado enorme consternación y también una curiosidad justificada por el hecho de que ningún romano había visto jamás tales animales. Luego las relaciones con África se habían tornado más intensas, y la sorpresa se había debilitado; de todos modos, la impresión era siempre aterradora; si bien Aníbal, llegado al Trasimeno un año después del comienzo de la campaña, ya no poseía ni siquiera un ejemplar de los elefantes que había llevado consigo, la fantasía popular continuó narrando su pasaje: los elefantes representados en algunos relieves romanos de *Alba Fucena*, una ciudad al norte de Fucino, son para algunos estudiosos el fruto de la tradición del pasaje, presunto o real, de Aníbal, ocurrido mucho antes de la fecha que se presume para las esculturas. Acerca de ellas, así como de algunas representaciones de cerámica itálicas, en especial de Campania, se han realizado estudios para comprender si el cartaginés se hizo seguir por elefantes de origen centroafricano o por elefantes indios; como es sabido, el diferente origen puede ser establecido aun en base a la forma y a la dimensión de las orejas; si, como ciertos relatos de Polibio parecerían demostrar, se trataba de elefantes indios, la preparación del ejército púnico destinado a la expedición a Italia se nos aparece como una empresa de mayores proporciones dado que debemos imaginar que los elefantes llegaron a las bases ibéricas después de atravesar el Océano Índico o el Mar Rojo a la altura de la costa etíope, y por ende luego de una larga marcha a través del altiplano iranio, la Mesopotamia y Arabia, y luego en África a través de Nubia hasta recorrer todo el dominio cartaginés de la costa de Numidia

1

2

1. Los muros de Vibo Valentia (Fototeca Unione).

2. Lucus Ferroniae (Fototeca Unione).

3. Los muros de Rosellae.

4. Columna del templo de Era Lucinia en Crotona (Alinari).

En las páginas 98 y 99:

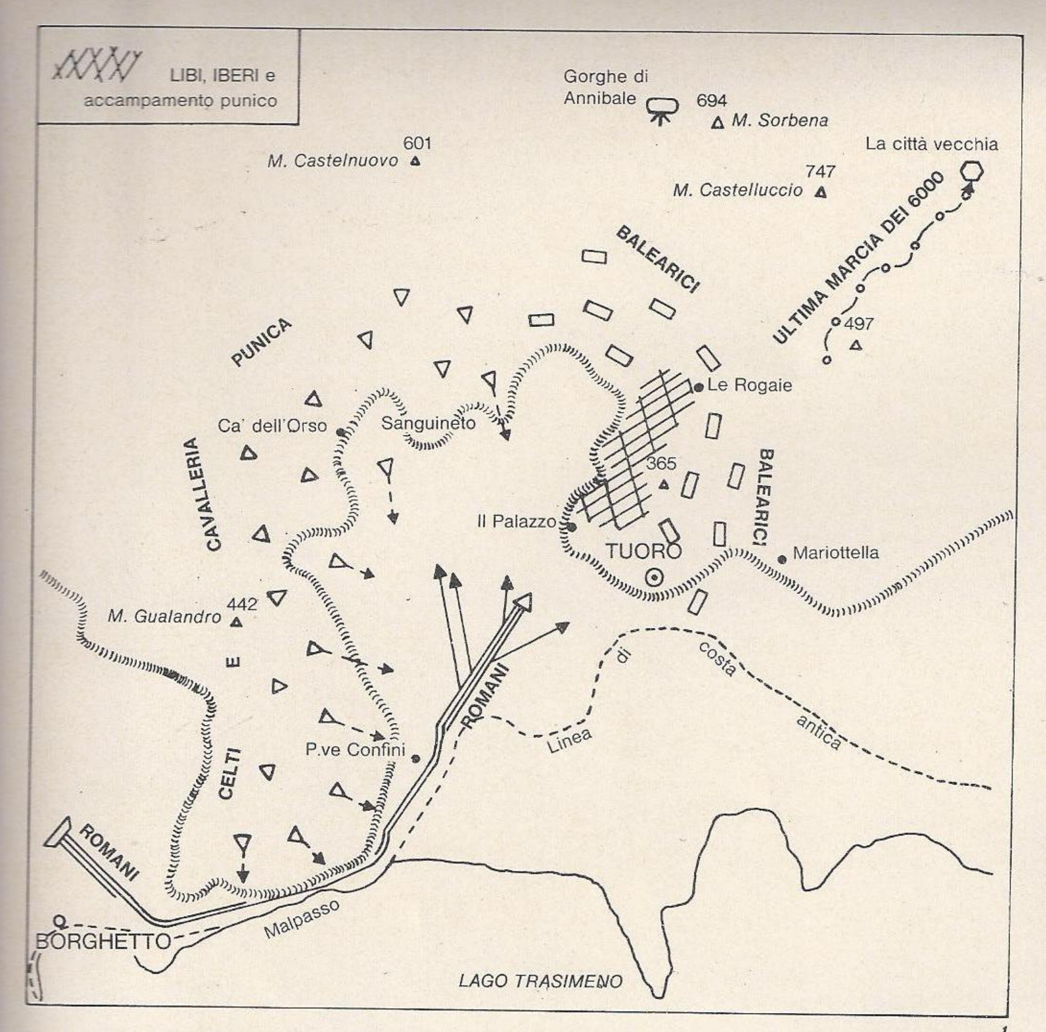
1. África vista desde las costas españolas (R. Bencini).



3

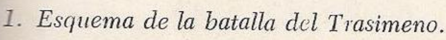


4





1



1. *Esquema de la batalla del Trasimeno.*

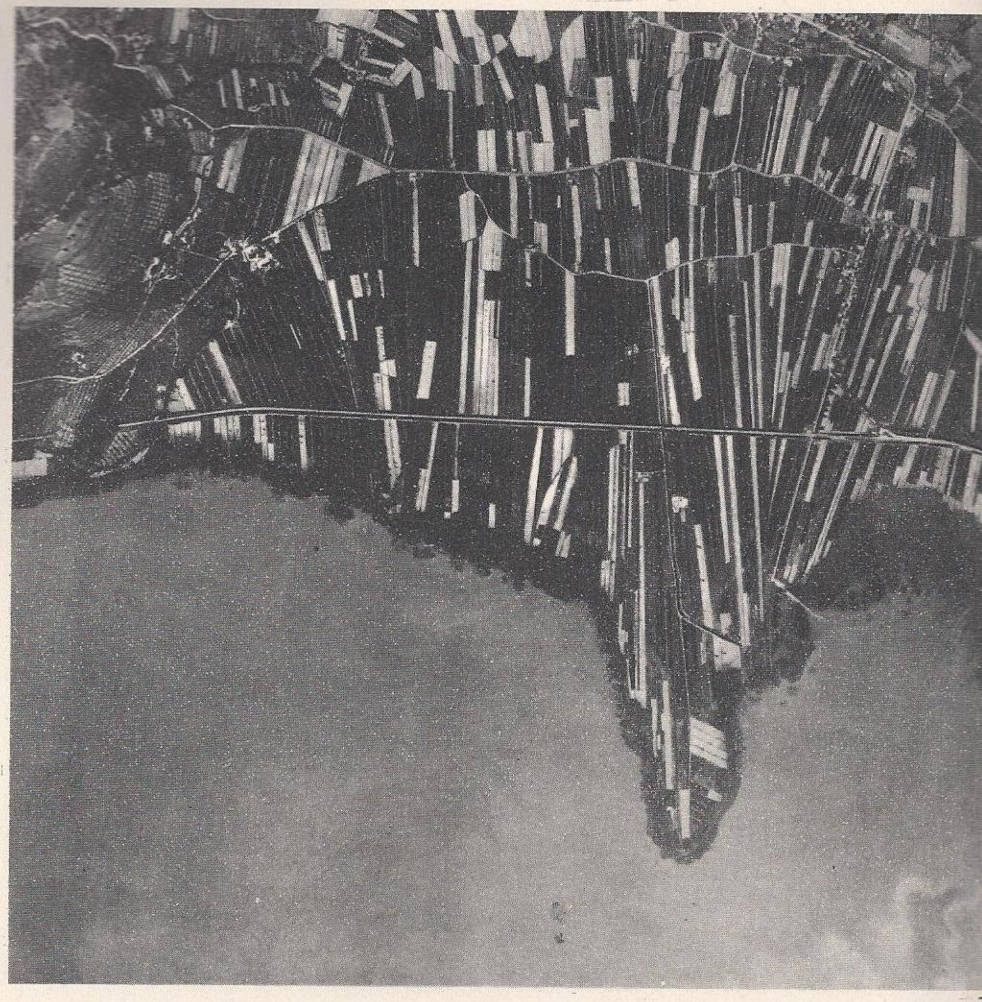
2. *Vista aérea de Cannas y del Valle del Ofanto* (Fototeca Unione).

3. *Vista aérea del campo de batalla del Trasimeno.*

y de Mauritania. Los elefantes jugaron un importante rol psicológico a favor de Aníbal, quien indudablemente era un maestro —heredero de la depurada astucia fenicia— en cuanto a los efectos sobre la opinión popular; los otros recursos psicológicos que él empleara se alinean con la táctica de la utilización de los elefantes, y se proponen atemorizar al enemigo, conquistándose el favor de los dudosos y de aquellos que podían nutrir motivos de rencor hacia Roma; con estos propósitos, Aníbal cuidó los desfiles espectaculares de su ejército, ordenó la devastación total de las cosechas, para suscitar la impresión de la "tierra arrasada", ubicó a los galos en los puntos donde presumiblemente ocurriría el primer choque, y los galos se arrojaban aullando contra el enemigo; por los mismos objetivos de guerra psicológica, Aníbal utilizaba la táctica de dejar en libertad a los prisioneros itálicos, y de enviarlos a sus casas, advirtiéndoles que la guerra que él realizaba estaba dirigida contra Roma y no contra Italia.

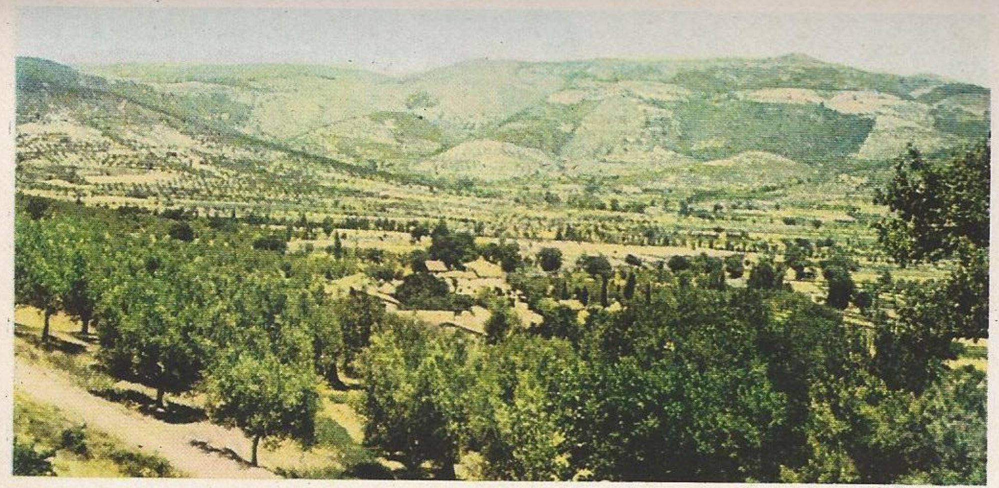
Clarificadas las ventajas que Aníbal obtuvo del empleo de los elefantes, es preciso también considerar que los mismos le impusieron esfuerzos logísticos excepcionales durante la primera parte de la marcha de acercamiento al corazón de la península, o sea hasta cuando murió el último de los elefantes; es evidente que el pasaje de los Pirineos y después de los Alpes, por caminos que no han sido individualizados con certeza —no obstante infinitos intentos de interpretación de las descripciones de los escritores antiguos— constituyó un motivo de considerable desgaste para todo el planteo logístico del ejército púnico: el clima rígido de los pasajes más altos influyó perniciosamente en la salud y en el rendimiento de hombres y animales habituados a climas cálidos; las desilusiones se incrementaron cuando el apoyo de las tribus gálicas se reveló esporádico, y en el primer momento fue nulo o casi insignificante; Aníbal no conocía el ambiente cultural de las comunidades alpinas, sujetas al máximo relegamiento, tanto que aun durante la época imperial los romanos hicieron de ellas circunscripciones autónomas, independientes de las regiones italianas y de las provincias transalpinas. Sólo los galos de la llanura padana significaron un verdadero apoyo para Aníbal, y esto se debió a que estaban aún muy excitados por las campañas romanas que habían llevado a la conquista de Milán. Pero es claro también que el mismo pasaje de los Pirineos, la travesía del Ródano y el cruce de los Alpes, realizado en pocos meses, da la medida del grado de adiestramiento del ejército preparado por Aníbal. Dice Polibio acerca del sistema elucubrado para hacer que los elefantes atravesaran la fuerte corriente del Ródano: "Construidas muchas armadías, bien hechas, y ligadas entre sí


2


3

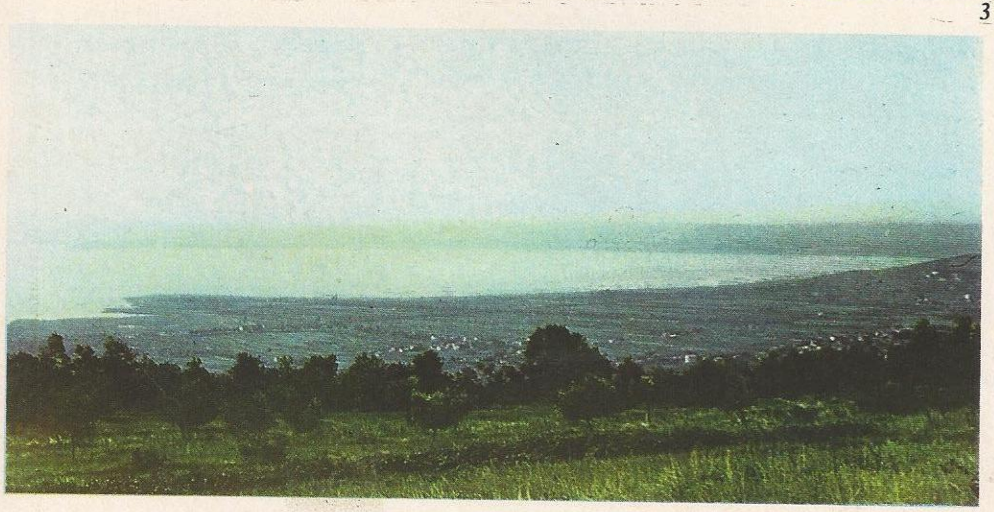
de dos en dos, los cartagineses las habían asegurado sólidamente a la ribera en el punto destinado al pasaje. Agregando sucesivamente otras hacia el centro del río, habían ido creando una especie de puente que se adelantaba hacia la corriente... Luego, en el extremo del puente habían agregado dos armadías particularmente fuertes, bien ligadas entre sí, pero unidas a las otras en modo tal que los cordajes pudieran ser fácilmente cortados... Entonces habían cubierto todo este puente de armadías de tierra apisonada, a la que nivelaron y lograron darle el mismo color del sendero que de la ribera conducía al puente. Los elefantes... de ninguna manera se atrevían a entrar en el agua: por lo tanto los guiaron por el puente de armadía, haciéndolos preceder por dos hembras, a las que los otros animales seguían confiadamente. Cuando los elefantes hubieron subido a las últimas armadías, cortadas las ligaduras que las mantenían unidas a las otras y haciéndose remolcar por barcas, muy pronto las armadías se hallaron aisladas en medio de la corriente. Entonces los elefantes, presas del terror, en un primer momento habían tratado de volverse y de huir en todas las direcciones, pero cuando se vieron circundados por el río perdieron todo coraje y se vieron obligados a permanecer firmes en su lugar... Algunos, aterrados, en el medio del río se habían lanzado al agua; aquellos que los guiaban se ahogaron, pero los elefantes se salvaron. Sus trompas eran tan largas y fuertes que, elevándolas para respirar por sobre el nivel de la corriente y al mismo tiempo resoplando para despedir toda el agua que bebían, habían logrado sobrevivir y atravesar el río por sí mismos". Este pasaje también arroja luz sobre la emoción que indudablemente despertó la llegada de un ejército tan diferente en su estructura y en sus posibilidades y en sus costumbres respecto a las milicias romanas y a las tropas gálicas. También el relato de las fuentes antiguas acerca del pasaje de los Alpes, mucho más conocido y celebrado que el precedente, resulta significativo para comprender las dotes de pericia militar de Aníbal y los suyos. No sólo los historiógrafos, sino también la poesía, que ya se había volcado a las guerras con Cartago con el *Bellum Poenicum* de Nevio y con los *Annali* de Enio, escritores contemporáneos a los sucesos narrados, se interesó tombién por los hechos más emocionantes de tales empresas: tres siglos después de los sucesos, Silio Itálico hacía poesía con los mismos, fuente del todo insegura para la interpretación y el desarrollo de los hechos, pero extraordinariamente adoctrinada en cuanto a los aspectos de costumbres y ambientes tocados por la marcha de Aníbal.

Los galos y los otros pueblos itálicos revelaron estructuras psicológicas y orientaciones políticas totalmente diversas de las que Aníbal esperaba hallar; los primeros carecían de real disciplina, y estaban fundamentalmente adiestrados para la lucha de choque cruento y para la guerrilla entre bosques y cenagales y por lo mismo no eran aptos para el seguimiento paciente del cartaginés y no se adecuaban a la integración disciplinada de los cuadros de combate y a las marchas forzadas que constituían la táctica de Aníbal: antes de la batalla de Metauro, entre los romanos del cónsul Claudio Nerón y Astrúbal, hermano de Aníbal (207 a. C.), los galos distinguieron con fuegos y con gritos su posición dentro del ejército púnico, hasta que, completamente borrachos, se adormecieron con las primeras luces del día que debía signar la definitiva derrota de Asdrúbal. En cuanto a los itálicos, el propósito de separarlos de Roma fracasó sustancialmente, y los que se aliaron a Aníbal lo hicieron movidos por las oportunidades del momento antes que por un auténtico programa político antirromano; sólo fueron una excepción algunas ciudades de la Magna Grecia, sobre todo de la costa jónica de Lucania y de Bruzio, donde fuertes partidos populares apoyaron a los cartagineses contra las oligarquías locales aliadas de los romanos: aquéllos eran los lugares en los que Aníbal se refugiaba de preferencia en los últimos años de su permanencia en el suelo italiano. La frustrada adhesión de los itálicos, y hasta cierto punto también la de


1


2


3


4

los galos (por lo menos en las formas previstas por Aníbal), provocó cierta disconformidad en el servicio de informaciones del cartaginés, lo que se advierte en el análisis de algunas operaciones, conexas a nociones geográficas no siempre precisas; cómo explicar, si no, las dificultades halladas luego del pasaje de los Apeninos a través de amplios cenagales que parecen haber sido los del Arno en el valle de San Miniato, donde hombres, elefantes y caballos se hundían, donde las fiebres minaban las fuerzas y Aníbal terminó por perder un ojo, ya atacado de fluxión; desde ese momento nació la imagen del comandante de la venda negra, tal como la de uno de los famosos bucaneros de las Antillas; ésta es una de las formas de idealización de la fisonomía de Aníbal, la que por otra parte, en la época antigua, presenta las características del más célebre retrato de Alejandro Magno, tales como un rostro juvenil de facciones divinas, la mirada lejana, penetrante y casi soñadora y una leve torsión del cuello, como si mirara en el cielo las imágenes de un ancestro divino; o bien en el Medioevo y en el Renacimiento, un rostro anciano (el Aníbal de treinta años de Trasimeno y de Cannas) ¡con cabellera y barba blancas!

Una deficiencia parece segura en el armamento del séquito de Aníbal: la de las máquinas de asedio, como arietes, catapultas y ballestas; es natural que Aníbal no las llevara consigo en número considerable en vista de las dificultades del transporte a través de los montes y los ríos, pero también es obvio pensar que no consideraba que tendría gran necesidad de las mismas, o sea que contaba hallar, en alguna medida, muros amigos, y por otra parte confiaba en poder superar con cierta facilidad las cortinas hostiles. Nos hemos preguntado tantas veces: ¿por qué Aníbal, luego del Trasimeno y de Cannas, cuando la vía parecía libre, no apuntó decididamente sobre Roma? La respuesta se articula sobre dos consideraciones: ante todo, que acerca de las defensas de Roma, acerca de la muralla denominada "serviana" pero construida efectivamente hacia la mitad del siglo IV a. C., después de la invasión y el incendio de los galos, y numerosas veces reforzada, las informacionse preliminares en poder de Aníbal eran parciales e inexactas; los galos le habían transmitido el eco triunfal de su saqueo, y en los griegos que informaban al cartaginés no faltaba cierto desconocimiento de las cosas de Roma, como de cosas "provinciales"; en efecto, los griegos estaban habituados a todas las pericias de la poliorcética más evolucionada y cometieron el error de subestimar la experiencia técnica de los romanos, e informaron mal a Aníbal; los romanos del primer período helenístico, en cambio, se habían informado adecuadamente de las más modernas técnicas de fortificación y de defensa y las habían puesto en práctica; Aní-

1. El valle de la batalla de Trasimeno.

2. Vista del Trasimeno desde el lugar de la batalla.

3. Vista de Trasimeno desde las alturas del Malpaso.

4. Vista del Trasimeno.

5. Las colinas de Cannas donde se desarrollaron los últimos encuentros de caballería; a lo lejos, Cannas.

6. Entre las calles de Cannas romana.

7. La llanura del Ofanto desde las alturas de Cannas.

8. Los muros de Cannas.



5



6



7



8



1

1. *El historiador griego Polibio en una columna de Kleitor en Arcadia. Foto del calco. Roma, Museo de la civilización romana* (Alinari).

En la página 107:

1. *El pórtico de Filipo en la isla de Delos, edificado por Filipo V de Macedonia hacia el 210 a.C.* (Malvisi).

bal sólo llegó a saber esto en Italia; la otra consideración es que Aníbal no estaba preparado para sostener largos asedios y para organizar acuartelamientos estables; sólo algunos años más tarde, luego de la marcha fulmínea que él considerara resolutiva, Aníbal creó campamentos estables, en Arpi, por ejemplo, en la Capitanata, y dio asedio a la ciudad calabresa de Petelia o a Nola, en Campania, y fundó aquella serie de puntos fortificados, de castillos, de fortines, de trincheras y de caminos entre Capua, el puente de Casilinum sobre el Volturno (que aún hoy lleva su nombre) y el dominante monte Tifata, que fue tomado como modelo de los sistemas de fortificación sucesivos: como aquel creado por Escipión Emiliano en torno a la ciudad de Numancia y aquel creado por César en Alesia.

"Aníbal a las puertas"

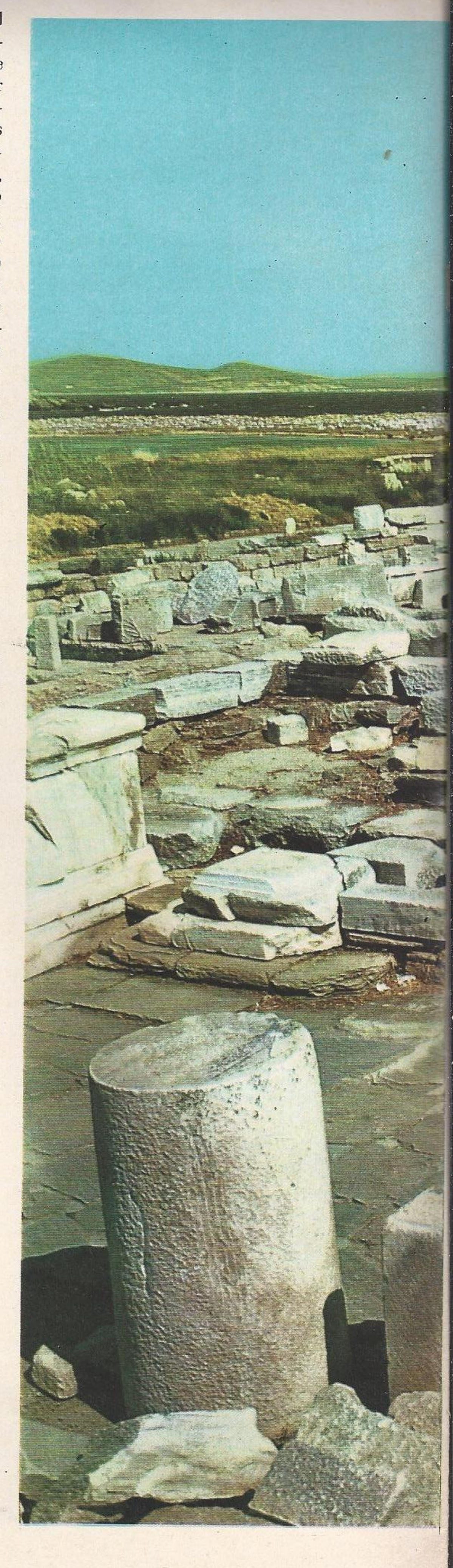
Que Roma esperaba, luego de Trasimeno y sobre todo después de Canne, un ataque de Aníbal a los propios muros, con el propósito de poner fin al conflicto, está demostrado no sólo por la emocionante descripción de Livio de las precauciones defensivas romanas, sino también por el hecho de que se creó entonces el mito "¡Aníbal a las puertas!" Tanto se esperaba verlo despuntar en el horizonte que cuando el peligro desapareció se forjó por antítesis el mito de la inviolabilidad de los confines del territorio de la Urbe, de su explanada externa; nació así el recuerdo de los "campos de Aníbal", amplias y alegres praderas en el mediodía de Túscolo y bajo el monte Cavo, sobre cuya cima se erigía el santuario federal latino de Júpiter, y la tradición popular le dio a un edificio sepulcral en un pequeño valle a la izquierda de la Via Appia, y precisamente a la tumba de Annia Regila, esposa de Herodes Ático, el sobrenombre de templo del dios Ridículo, o sea de una divinidad que habría constreñido a Aníbal a replegarse. Entonces Aníbal se halló, como se ha visto, en dificultades logísticas, sobre todo en lo que concernía a las máquinas de asedio, pero ciertamente la toma de contacto con la realidad romana en la península italiana lo había inducido a rever algunas de sus convicciones; ante todo, había desaparecido la esperanza de que los romanos cedieran fácilmente; éstos, mientras le hacían frente en Italia, podían enviar un ejército a Iberia, bajo la guía de los Escipiones, obligando a las bases cartaginesas a la apertura de un segundo frente capaz de perturbar seriamente el flujo de los reabastecimientos y provocar al fin (208 a. C.) la caída total del dominio púnico. Naturalmente, el punto más negro para Aníbal era la posición de los itálicos, sobre el cual debemos detenernos, pero también otro convencimiento se resquebrajaba en aquellos años en el cartaginés, el de la escasa fortuna de los romanos en las intrigas diplomáticas; en efecto, si bien Aníbal había logrado poner de su parte a Gerónimo, sucesor de Hierón II en el trono de Siracusa, y había provocado la apertura de un frente de operaciones balcánico mediante la alianza con Filipo V de Macedonia, los romanos explotaban los rencores de muchos griegos contra los macedonios armando contra Filipo la liga de los etolios, y suscitaban en África la revolución armada de Sífax, rey de los numidios. La historiografía antigua ha comprendido ciertamente la importancia de la revelación, en tales contingencias, de las capacidades de resistencia, de continuidad y de iniciativa de los romanos, tanto que ha insistido en el éxito de la acción paciente de dilación de Quinto Fabio Máximo, frente a los esfuerzos de resolución campal realizados por Flaminio y por Terencio Varrón. Los relatos de los "ocios de Capua", por parte de Aníbal y los suyos, y de los amores mercenarios del cartaginés, aparte de caracterizar anecdóticamente la biografía del personaje y de incluir en la misma una nota vagamente moralística, sirven muy bien para dar el clima de la pausa forzada, del "ratón en la trampa", como se podía juzgar *a posteriori* el agitarse de Aníbal por Italia hasta su vuelta a África, quince años después de su descenso de los Alpes (208 a. C.). Naturalmente éstas son reconstrucciones posteriores, pero ciertos accesos de furia atacaron a Aníbal en numerosas oportunidades después de los primeros éxitos: siempre se había supuesto, por ejemplo, que era una fábula la noticia del saqueo realizado por Aníbal en el santuario de la diosa Feronia, en el bosque sagrado de Scorano, al norte de Roma (211 a. C); ¿por qué habría debido Aníbal arriesgar todas las posibles simpatías de los itálicos realizando una acción que habría sido unánimemente juzgada como impía, y además en territorio itálico, entre los sabinos y los faliscos? Pero hoy la arqueología ha demostrado en forma inequívoca las huellas del saqueo y del incendio del santuario de Feronia, y las monedas de aquellos años, obviamente ofrecidas a la divinidad, han sido reencontradas entre los escombros quemados del santuario. Entonces, la respuesta al interrogante acerca de los motivos que indujeron a Aníbal al saqueo es rápida, y doble: ante todo, Aníbal había perdido la esperanza de construir un frente realmente común, compacto, no ocasional, contra los romanos, y además tenía efectivamente necesidad de robar el santuario para abastecerse de dinero y de objetos preciosos.

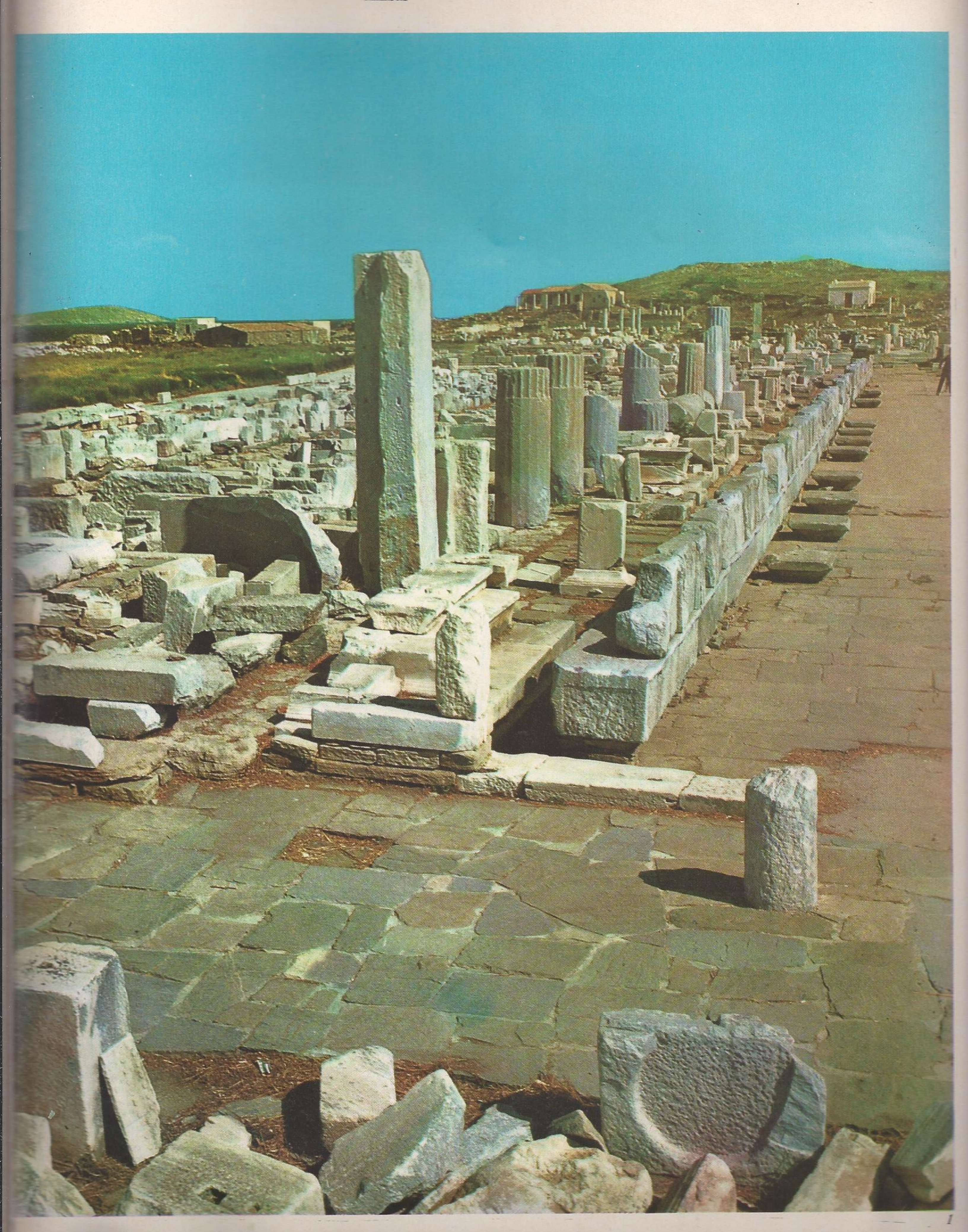
En realidad, había una gran diferencia entre la situación en la que se debatía Aníbal en los últimos años de su permanencia en Italia y las esperanzas que había alimentado en el 218 a. C.; así escribía Polibio acerca del momento en que Aníbal había recibido a los jefes galos de la Cisalpina, quienes habían venido a prometerle ayuda antes del cruce de los Alpes. "Entre los diversos argumentos, tres eran verdaderamente eficaces para alentar a sus tropas: ante todo, la efectiva presencia de hombres que venían a solicitar ayuda y se declaraban prontos a participar en la guerra contra los romanos; luego, la promesa de ellos —que parecía digna de confianza— de conducir [a los cartagineses] por lugares a través de los cuales, sin privarse de nada que fuera necesario, habrían marchado juntos por la vía más breve y más segura hacia Italia, y también, la vastedad y la fertilidad del territorio al que habrían llegado, y al mismo tiempo el furor belicoso de los hombres [galos] a cuyo flanco combatirían contra los romanos". Los errores de evaluación de Aníbal en la confrontación de los romanos y de los itálicos tienen su explicación inmediata en las informaciones sustancialmente incompletas e inexactas que le fueron proporcionadas, pero tienen una razón más efectiva y más remota en los siguientes hechos: 1) la amalgama entre Roma y los itálicos era una realidad, en la época del descenso de Aníbal en Italia, mucho más viva y compleja de cuanto lo era en los tiempos de los descensos de los galos, de la batalla de Sentino y de la guerra con Tarento y con Pirro, o sea, los sucesos que habían hecho conocer a Roma como potencia política y militar aun fuera de la península; la coparticipación de los itálicos, a diferente título y sobre todo en el mundo griego, en el horizonte comercial de los romanos, y luego de la primera guerra púnica en la explotación económica de la primera provincia, Sicilia, había creado fuertes vínculos de interés común, que se habían reforzado en ocasión de las conquistas de Italia del norte entre el 238 y el 218 a. C.; en efecto, la Galia Cisalpina era un mundo nuevo, susceptible de amplísima explotación económica; 2) en el vínculo de recuerdos militares comunes, en la formación de una primera cultura literaria ligada a la difusión de la lengua latina, romanos e itálicos reforzaban la conciencia de la unicidad de su trasfondo cultural: comprendían que adoraban a las mismas divinidades, a las que asociaban sincretísticamente en el culto, descubrían, por el contacto con galos y griegos, los lineamientos de un modo común; 3) Aníbal, y con él los griegos, no percibían otra relación política entre dominadores y dominados salvo aquella existente entre la ciudad-estado, como Cartago, y dentro de ciertos límites también como Siracusa, y los territorios sujetos, cuyas poblaciones no eran asociadas al derecho de ciudadanía; Aníbal y los griegos conocían también la relación que en las monarquías helenísticas subordinaba a ciudad y territorios a la autoridad del soberano; pero la avanzada de Roma, que liga a sí a las ciudades que entran en su órbita mediante diversas formas de relación política y también mediante la integración en su *civitas*, es incomprensible para quien mide las re-

laciones políticas sobre el esquema realizado por Cartago; Roma mantenía las estructuras institucionales de la ciudad-estado pero ampliaba su consistencia humana, la realidad viviente, mediante la extensión gradual y diferenciada del derecho de ciudadanía: es el secreto hormonal de la vitalidad romana, es un estímulo fundamental que se aparea con la tendencia sincretística en el ámbito religioso; los romanos hacen pasar a sus tribus (o instituyen directamente nuevas tribus) a los ciudadanos de tantas regiones italianas, en el mismo momento en que acogen en su panteón a las divinidades tutelares de los nuevos ciudadanos; 4) todo ello significa poseer espíritu práctico y gran sentido humano, y ello es, en esencia, un principio de *humanitas*: justamente porque estaban convencidos de la necesidad de superar los límites originales de la ciudad-estado a través de una agregación cívica y una relación humana, los romanos sufren mucho menos de cuanto ocurrió, por ejemplo, entre los griegos, es decir, las consecuencias de las inevitables discordias internas; ellos son más proclives a apreciar los motivos de la asociación antes que los del desacuerdo, y todo ello tiene su peso en otro factor —muy celebrado— también descuidado por Aníbal: la disciplina romana; 5) la ductibilidad, la practicidad de los romanos al afrontar las situaciones y al superarlas fue la base de algunos descubrimientos fundamentales de carácter técnico y táctico, como la formación de las fuerzas dispuesta por Escipión en la batalla decisiva en el suelo africano, en Zama (202 a. C.): la dislocación tradicional, en damero, de los grupos romanos llevaba a una descompaginación de todo el frente cuando entre grupo y grupo se insinuaban los elefantes; entonces Escipión decidió encolumnar los grupos de modo de crear, entre columna y columna, corredores despejados por los cuales los elefantes se habrían precipitado hasta llegar a la retaguardia de las líneas romanas, donde habrían sido enfrentados y abatidos por patrullas especiales, mientras en la primera línea el combate podía continuar sin perturbaciones; 6) por último, jugó desfavorablemente para Aníbal el mal conocimiento de la realidad geopolítica de la península italiana; en efecto, era difícil para quien estaba habituado a las vastas extensiones africanas o a las poblaciones tribales ibéricas y célticas, reforzadas aquí y allá por algún *oppidum*, por alguna cinta amurallada, y también para quien estaba acostumbrado al fraccionamiento político de los griegos, comprender qué era la excepcional densidad de los centros habitados, todos rodeados por gruesos muros, a lo largo de las principales vías de acceso de la Italia central y en algunas regiones de la Magna Grecia; tomemos por ejemplo el cuadrado de tierra que comprende las cuencas del Chiascio, del Topino y del Clitunno, o sea, lo que podríamos considerar el corazón de la península, una llanura fértil recorrida por la vía Flaminia, de una extensión de no más de quince millas entre Asís y Trevi, y de un ancho no superior a las cuatro millas entre Bevagna y Foligno; sobre esta llanura se asomaban seis ciudades antiguas, ya sólidamente fortificadas antes de los romanos: Bettona, Asís, Spello, Bevagna, Foligno y Trevi, para no hablar de aquellas un tanto más lejanas, como Perugia, Nocera y Spoleto; la tradición, que pretendía que Aníbal había sido rechazado por los muros de Spoleto en Porta Fuga (que habría tomado su nombre del suceso) se alimentaba del orgullo cívico por los muros fortísimos y por los ciudadanos valerosos. Todo esto no favoreció la marcha de Aníbal, aun cuando alguna ciudad le abrió sus puertas; uno de los datos más interesantes de la arqueología itálica para el siglo III a. C. es justamente el refuerzo de las murallas, a veces en modo apresurado, evidentemente bajo la presión de los sucesos.

La estrategia de Aníbal

Hemos hablado de errores de Aníbal, hemos confrontado sus esperanzas y el adiestramiento de su ejército con la realidad que le reservaba la actitud de los itálicos y la objetiva calidad de los romanos; el resultado fue que el cartaginés perdió la partida, pero el cuadro no se completa si no nos detenemos para describir los talentos personales de Aníbal como estratega. Para hacerlo, examinaremos los resultados de las investigaciones más recientes, realizadas con métodos modernos (como la fotografía aérea, las dataciones microbiológicas y radiocarbónicas), en uno de los campos en los que batallara Aníbal. Siempre existió el interés, por cierto ya en la época antigua y luego a partir del primer humanismo, por individualizar con certeza los lugares de las batallas combatidas por Aníbal, por lo menos de las más famosas; se ha llegado a buenos resultados para la batalla de la Trebbia, del Trasimeno y de Cannas; se puede agregar el campo de batalla del Metauro, combatida por Asdrúbal. En Trasimeno se ha efectuado una investigación radical, que ha permitido reconstruir ante todo la efectiva topografía del lugar de la batalla tal como era en la época antigua (dado que luego ocurrieron muchos hechos que modificaron el terreno, y sobre todo la línea de costa del lago) y reconstruir también la necrópolis de la batalla, o sea los túmulos de las cenizas de los soldados de las dos partes que perecieron en el encuentro. Así, se está en condiciones de describir concretamente las fases de la batalla y de circunscribir con certeza el perímetro: la misma fue combatida en un área sobre la costa nordoccidental del lago, entre las localidades actuales de Borghetto y de Tuoro y un poco más al este. Aníbal, en junio del 217 a.C., remontaba el





1

valle del Arno y recorría el valle de Chiana sembrando la destrucción, con el propósito de aterrorizar a los locales y provocar a la batalla al ejército romano del cónsul Flaminio, quien estaba acampado en Arezzo; desde los muros de la ciudad los romanos podían ver el humo de los incendios provocados por los cartagineses y descubrir la larga columna de los armados en camino. Aníbal esperaba que Flaminio cometiera el error de ir a la batalla, y contaba —como los hechos lo demostraron— que podía superarlo en la objetiva capacidad estratégica de aprovechar toda ventaja del terreno y del ambiente. En realidad, Flaminio no buscaba un encuentro inmediato, pero no deseaba perder de vista a Aníbal, sea en la eventualidad de que él apuntara hacia Roma, sea en la esperanza de unirse al otro ejército romano, entonces en la costa adriática, con el cual pensaba encontrarse antes de dar batalla. El cónsul descendió entonces de las alturas de Arezzo y de Crotona y siguió a Aníbal, a algunas horas de marcha de él; llegó la noche y Flaminio acampó junto al lago, donde hoy se erige la torre de Borghetto, mientras Aníbal ya había pasado la faja entre Montegualandro y el lago y había acampado más allá de un amplio valle en la altura hoy ocupada por el pueblo de Tuoro; el lago, entonces, lamía las laderas de la altura, que entonces impedía el camino hacia oriente. Allá había encendido Aníbal altos fuegos, sin ocultar la presencia de su campamento. Con él estaban los libios y los iberos, y naturalmente también los soldados cartagineses: en suma, tenía consigo a los mercenarios mejor adiestrados, con los que desde hacía tiempo operaba. A todos los otros, o sea los galos y los combatientes armados a la ligera —una especie de "guerrilleros"— reclutados en las Baleares, junto con las secciones más nobles, o sea la caballería, Aníbal los apostó detrás de las alturas y los pasos que circundaban en amplio giro el valle comprendido entre Montegualandro y Tuoro.

A la mañana siguiente, a las primeras luces del alba, mientras se elevaba del lago una tenaz neblina (esto ocurre frecuentemente aun durante las estaciones cálidas), Aníbal se dispuso a esperar a los romanos, a los cuales evidentemente el servicio de reconocimiento y de vanguardia había anunciado que Aníbal había acampado, pero no había descubierto la artimaña de los soldados apostados en todo el arco del valle. Entonces Flaminio consideró que Aníbal habría levantado sus tiendas y habría proseguido como todos los días su marcha, feliz de todos modos de que no se hubiera orientado hacia Roma. Las milicias romanas comenzaron a adentrarse en el estrecho pasaje que aún hoy se llama del Malpaso (en recuerdo del peligro al que en todos los tiempos se expusieron los viajeros que podían ser agredidos y robados entre Toscana y Umbría, cerca del confín), y en larga columna desembocaron en el valle frente a Tuoro y comprendieron que los fuegos del campamento de Aníbal todavía estaban humeantes y que desde lo alto los cartagineses observaban la marcha romana; entonces se dispusieron a acampar, en espera de que Aníbal decidiera presentar batalla o continuar la marcha; el sol ya estaba alto y la niebla se disipaba; estaba por vivirse una calurosa, trágica jornada de junio. Las tropas romanas habían desfilado en parte por el Malpaso cuando la emboscada de los galos, los baleares y los caballeros apostados entre el Malpaso y el campamento cartaginés fue descubierta; sea que la hubieran descubierto primero las patrullas romanas, sea que los galos se hayan revelado inopinadamente, incapaces de esperar pacientes, o bien que Aníbal haya dado la orden de hacer saltar la trampa antes de que la columna romana hubiera penetrado enteramente en el Malpaso, lo cierto es que era ya demasiado tarde para que los romanos escaparan al lazo. Entonces una parte, la retaguardia, se halló dividida del grueso y no logró socorrer a los camaradas: se dispersó; la parte de la columna que circulaba por el Malpaso se halló en la peor situación, porque estaba prisionera entre las colinas de Montegualandro y las aguas del lago, en la imposibilidad de disponerse en alguna línea de frente por falta de espacio; el grueso del ejército de Flaminio con el cónsul y el estado mayor se desplegó en abanico dentro del valle, dando prueba no sólo de verdadero coraje sino también de considerable pericia militar y de sangre fría; también hubo una tentativa de salida de la tenaza hacia el noreste, que tuvo éxito parcial porque seis mil hombres pudieron trasponer las líneas cartaginesas y refugiarse en un pueblecito de alta colina sobre el lago, desde donde vieron las alternas vicisitudes y la masacre final, y fueron capturados al día siguiente por un destacamento púnico guiado por Maarbal. Todos los otros intentaron encaramarse a las colinas en una tentativa de combate y de defensa, pero se hallaron realmente presos entre los soldados enemigos que los rodeaban y el lago a sus espaldas. Entre ahogados y asesinados, muchos millares (tal vez veinte mil) de romanos y aliados perdieron la vida; si se agregan las pérdidas púnicas, sobre todo de los galos, que fueron elevadas, probablemente casi treinta mil cadáveres quedaron al finalizar el día para viciar el aire estre el Malpaso y el valle frente a Toro; muchos heridos, irrecuperables, fueron matados en el lugar o perecieron durante la noche; por largas horas el campo de batalla y las alegres colinas de este paisaje, que se abre a la dulzura umbra, resonaron con los gemidos de los hombres malheridos y condenados a la muerte.

De la vicisitud de la batalla del Trasimeno se recuperan algunos datos fundamentales, útiles para la comprensión de la personalidad de Aníbal. Ante todo, se pone de relieve su extraordinaria capacidad para aferrar y explotar las ventajas de las situaciones geográficas y de compenetrar a sus hombres en ellas; la percepción de la oportunidad que le ofrecían las aguas del lago, donde hasta las primeras cañadas habrían podido maniobrar los hombres de a caballo pero se habrían perdido en cambio los infantes, equivale a la astucia con que Aníbal dispuso su tropa en Cannas, de modo de obligar a los romanos, para dar batalla, a atravesar muchas veces el curso del Ofanto y a encontrarlo a sus espaldas; así como en el Trasimeno supo aprovechar las primeras nieblas matutinas, del mismo modo tuvo siempre la sagacidad de colocarse de modo que el sol estuviera a su espalda y de tener en cuenta la procedencia de los vientos principales.

Indudablemente, la historiografía romana no ha sido generosa con el comportamiento y las capacidades de Flaminio: acusado de haber buscado batalla, de no haber tenido en cuenta los auspicios desfavorables, de haberse batido fuertemente y de haber encontrado la muerte en la batalla, pero una muerte casi dictada por la diosa de la venganza, puesto que se la impuso un jefe galo quien vengaba así los estragos perpetrados por el cónsul en los años precedentes en la Galia Cisalpina. Se refleja en ello toda la animosidad de la parte aristocrática contra Flaminio, definido como democrático, al cual se le reprochaban los actos políticos y militares realizados en el ámbito de una vasta temática social y colonial, en el agro de los senones del Piceno septentrional, en el territorio de los galos boios y de otras tribus célticas. He aquí que Flaminio no respeta el deseo de los dioses, que se mancha de impiedad al violar los presagios, que es justamente castigado y que arrastra a la ruina a la juventud romana y a los aliados itálicos. Todo esto se lee en parte del texto de Livio y en parte en el de Polibio, porque ambos escritos se sirvieron de la narración de los hechos de un historiador romano, tal vez Celio Antípater (en ciertos pasajes tal vez Valerio Ancías). El juicio negativo de esta fuente llega a configurar a la batalla como una simple matanza, en la cual los romanos habrían sido tomados de sorpresa, directamente, sin tener tiempo de intentar la resistencia, y de esta manera despedazados. Pero esto ha sido desmentido por un dato incontestable que la arqueología rescatara: en efecto, se excavaron los pozos en los cuales fueron cremados los cuerpos de los caídos en la batalla, y ellos —en un número superior al centenar— siguen evidentemente la línea de choque de la batalla, donde se amontonaron los cadáveres; éstos no pudieron haber sido llevados muy lejos del lugar del combate, sino solamente apilados antes de la descomposición, que dado el cálido clima habría ocurrido muy

rápidamente. Bien, estos pozos en los que están concentradas las cenizas de los muertos, y donde tuvo lugar la cremación, están dispuestos en abanico sobre las laderas de las colinas en torno al valle y en medio de la llanura frente al lago; ello significa que la resistencia romana se organizó y se articuló en una tentativa extrema, con el único resultado de la ruptura operada por seis mil, luego capturados por Maarbal. Hemos hablado de una fuente "aristocrática" hostil a Flaminio, que confluye en Polibio y en Livio; pero estos escritores se valieron también de otras fuentes, para toda la campaña de Aníbal. Livio se sirvió de otras fuentes relativas a Aníbal (para la batalla del Trasimeno, aparece una favorable al cónsul Flaminio, y por lo tanto de la parte democrática), y también derivó muchas de las noticias y de las evaluaciones de Polibio, mientras este último se sirvió tanto de las fuentes históricas que utilizara Livio como de los ecritores griegos Sósilo de Esparta y Silenio de Calate: sobre todo este último, en el séquito del estado mayor cartaginés, ha conservado en el texto de Polibio y en algunos fragmentos originales las vistas y los planos de la estrategia de Aníbal; por ejemplo, justamente en la descripción de la batalla del Trasimeno, son evidentes las dos descripciones dadas respectivamente por una fuente romana, tal vez de un oficial que se hallaba en el ejército de Flaminio y que se salvó, y de una fuente cartaginesa. En efecto, la primera de estas fuentes dice que el ejército romano se habría hallado en una trampa y veía que el enemigo lo rodeaba de frente y a sus espaldas también, encerrado por los montes a la izquierda y el lago a la derecha; es evidente que tal descripción no puede ser la obra de quien marchaba con los romanos a lo largo del Malpaso y se percató de la emboscada aún a tiempo para escapar de ella; en cambio Polibio, en el pasaje derivado de Silenio de Calate, describe la trampa urdida contra los romanos en el sentido de que éstos se habrían encontrado con el lago a sus espaldas: evidentemente, el redactor de este pasaje se hallaba con Aníbal en el vértice del valle, o sea, donde la trampa se cerró del todo, negándoles toda posibilidad de fuga a los romanos. Quien observa la cartilla que reconstruye la batalla comprende el diferente punto de vista de las dos fuentes, romana y púnica. Evidentemente, el mismo Sileno o alguno del estado mayor que luego le pasó los apuntes o que le narró enteramente los planes de batalla, se hallaba en un observatorio de alta colina, justamente en el vértice del valle, allá donde un nombre del lugar, del cual se ha demostrado el origen genuino, conserva el recuerdo de la estada de Aníbal: "los surtidores de Aníbal", o sea los pozos que afloran en el altiplano a lo largo de la línea displuvial.

Entonces, estamos informados de las vi-



1

1. Aníbal, París, B.N. Estampes.

En la página 111:

1. G. B. Pittoni, El juramento de Aníbal. *Milán, Pinacoteca de Brera* (Scala).

cisitudes de Aníbal no sólo por fuentes romanas, sino también por fuentes cartaginesas, en la persona de consejeros e historiadores del séquito del ejército púnico: el mismo Aníbal llevó su diario de la guerra y escribió su memoria de la que hablan escritores antiguos, pero que no es dable reconstruir a través de ninguna fuente. Como se ha visto para la batalla de Trasimeno, una considerable contribución está dada por la arqueología, la cual ha recuperado casi íntegramente la necrópolis de cremación de los caídos. Se trata de crematorios propiamente dichos, de grandes pozos excavados según dos técnicas y dos esquemas, una de tradición etrusco-itálica y por lo tanto probablemente efectuada por elementos indígenas, y la otra de tradición númido-púnica, y por ende obra del ejército cartaginés. El funcionamiento de estos crematorios es bastante simple; sobre un punto de apoyo a ambos lados de la boca del pozo se coloca una viga, sobre la que se pone un cúmulo de cadáveres, que están naturalmente mezclados con carroñas de animales, guarniciones de cuero y metal y restos de armas, a veces enterradas en la carne misma. Mediante un hornillo que está debajo de la viga, se procede a incendiar a ésta, que se precipita en llamas dentro del pozo arrastrando consigo la carga de cadáveres semiquemados; una nueva viga toma el lugar de la primera, y así sucesivamente hasta que se llena el pozo, donde los cuerpos continúan quemándose lentamente, hasta la incineración total. En Cannas, en cambio, parece ser que se efectuó un sepelio sumario, como resulta de los cúmulos de huesos recuperados entre las sepulturas de piedras de las necrópolis bizantinas; sin embargo, muchos cadáveres habían sido llevados por la corriente del Ofanto y llegaron así al mar. En Metauro la identificación del campo de batalla fue posible no sólo, como en Trasimeno y en Cannas, en base a la toponimia y a la tradición popular, sino también mediante el hallazgo de objetos de arte ibérico y de monedas datables justamente en los años inmediatamente precedentes a la batalla, y colocados en las sepulturas. La arqueología brindó en tiempos recientes otros aportes para la reconstrucción de la guerra púnica: en Tarquinia, en la Etruria meridional, una inscripción etrusca ha sido leída como el monumento funerario de un indígena que viviera ciento seis años, y que había combatido —como ol dice explícitamente el texto— junto a los hombres de Aníbal.

El exilio

Luego de la trágica conclusión de la batalla de Zama, Aníbal dirigió por algún tiempo —y con óptimos resultados para la reconstrucción económica le su país— el gobierno de Cartago, no renunciando nunca a los proyectos de reanudar las hostilidades contra Roma; obligado, por la intervención de los romanos, al exilio, reanudó los vínculos diplomáticos con los estados helenísticos, y sobre todo con Siria, la cual se aprestaba a plantear a Roma el conflicto que se denominará guerra siria, que llevaría a indicaciones decisivsa acerca del futuro predominio del Egeo y del Asia Menor; en efecto, luego de la conclusión de la segunda guerra macedónica, Roma ya era dueña de hecho de la península balcánica. La batalla de las Termópilas resolvió en favor de los romanos el conflicto de tierra, como la de Córico lo decidió por mar; se desvanecieron así los sueños de Aníbal de armar una flota con la cual volver a intentar la invasión de Italia. Él mismo se midió con los romanos por mar, cerca de Side en la costa de Pamfilia, y fue derrotado. Éste era el último intento de resucitar las hostilidades púnicas contra Roma, porque Aníbal combatió con una flota reclutada en las ciudades fenicias, y también en Tiro, la metrópolis de Cartago. Tiro había sido su primera etapa, en el exilio de Cartago, y allí había recibido una cálida acogida; de allí, Aníbal había partido hacia Efeso para encontrarse con Antíoco el Grande, rey de Siria (196 ó 195 a.C.: la fecha sigue en discusión todavía). La figura de Aníbal tenía ya contornos legendarios, porque justamente en Efeso la tradición, sin duda en este caso puramente apologética, coloca un presunto encuentro de Aníbal con Escipión, el vencedor de Zama; el coloquio habría tenido por objeto una disquisición acerca del ideal del gran capitán de ejércitos: un buen pretexto, al fin de cuentas, para las ejercitaciones de retórica de las escuelas de elocuencia de Rodas y del Asia Menor, entonces ya tan renombradas, y un creciente interés por el primado de personalidades individuales, como verdaderos artífices de la historia, o sea, en otros términos, un camino abierto para la autocracia y su exaltación.

Lograda, con la paz de Apamea (188 a.C.), la resolución del conflicto sirio y completado el reordenamiento del Levante mediterráneo con el ocaso de toda esperanza por parte de Aníbal en cuanto a Siria y las ciudades fenicias, el cartaginés se marchó a Bitinia y pasó a ser consejero de Prusia, rey de aquel estado; sobrevino la guerra con Eumene II, el vecino soberano de Pérgamo, aliado de los romanos: Prusia abandonó a Aníbal a la discreción de los romanos. Aníbal bebió el veneno (183 a. C.). Así desapareció un político y un estratega de excepcionales talentos, que había combatido toda su vida contra Roma, porque a Roma su patria le disputaba el primado en el Mediterráneo occidental; su lucha fue tan obstinada que justificó la anécdota de los biógrafos acerca del juramento infantil de Aníbal. Luego de su desaparición y de la destrucción de Cartago, ocurrida en el 146 a.C., el Mediterráneo inició una etapa de unidad política, económica y cultural que perduró por toda la época bizantina; con los árabes se recompuso, con diversas estructuras, la unidad del Levante, de las costas africanas y de España, contrapuesta al poder cristiano y "franco": en este sentido los árabes heredaron el rol de los *phòinikes*.

Luego de la guerra de Aníbal, Italia cambió profundamente: ante todo, se reforzó la unidad entre Roma y los pueblos itálicos, y la participación en la guerra del cartaginés constituyó, antes bien, el motivo de una amalgama espiritual profunda, el núcleo generador de una tradición nacional; durante casi un siglo, el haber luchado por Roma o contra Roma constituyó un motivo de rechazo psicológico y hasta de discriminación institucional entre las diversas ciudades itálicas. El contacto violento con los galos, aliados oficiales del enemigo de Roma, favoreció la inclusión de Roma en la dialéctica espiritual propia del mundo griego, instituyendo una contraposición ideal romanos-celtas del mismo significado que la alternativa griegos-persas (bárbaros); esta dialéctica fue asumida por Eumenes II, rey de Pérgamo, protagonista no último del final de Aníbal, en la lucha contra las tribus célticas de Asia Menor, o sea contra los gálatas, una lucha que unió en mayor medida al reino de Pérgamo con los romanos.

Por otra parte, si los romanos se hermanaban efectivamente a los otros pueblos itálicos, justamente durante la guerra de Aníbal la vida de Roma había asumido dimensiones cosmopolíticas, con nuevas relaciones con las diversas componentes del mundo griego y oriental; el espíritu esencialmente práctico, sincretístico, de los romanos acogió en Roma nuevos cultos, de carácter absolutamente diferentes de aquel tradicional, como la Gran Madre, personificada en la piedra negra traída por Pessinunte, e identificada más tarde con Demetria y con Cibeles. Son cultos fundamentalmente esotéricos, de carácter misterioso, orientados hacia principios de salvación y de redención, los orígenes, entonces, de una nueva religiosidad. No sólo bajo este aspecto la guerra de Aníbal representa la crisis de la república romana en su ordenamiento tradicional: en efecto, comenzaron durante esta guerra los comandos militares de carácter personal y entonces del todo fiduciarios, prorrogados en el tiempo y en el espacio, o sea, sustraídos a las reglas del sistema republicano. Comenzó también a abrirse camino la exigencia de un ejército adiestrado especialmente para hacer la guerra, o sea de un ejército profesional, donde a cada uno se le confiaran las tareas que le correspondiera por sus capacidades y competencias, capaz de permanecer en las armas por mucho tiempo, ligado a su jefe; un ejército, en resumen, no más plasmado según las vocaciones y los principios de la ciudad-estado, sino destinado a vigi-



1

lar las suertes de un imperio. Se halla justamente aquí el germen de la institución del emperador entre los romanos. Todo ello estaba impuesto también por la necesidad de combatir largamente en tierras lejanas, con un comando único y continuo; comportaba también la actualización tecnológica, como se diría en la actualidad, acerca de los mejores medios de ataque y de defensa, acerca de nuevas armas y dispositivos. Con la guerra de Aníbal comenzó en Roma una verdadera industria bélica. Por último, deben mencionarse las modificaciones de orden económico y social: los campos devastados, los colonos por largo tiempo separados del trabajo cotidiano, los bienes pignorados, los veteranos frente al problema de una dificultosa vuelta a la sociedad y con la perspectiva triste de un masivo reingreso en la ciudad. Pero los veteranos ya no son los hombres de antes; están enriquecidos con nueva experiencias, con recuerdos diversos, han vivido bajo cielos lejanos y en contacto con costumbres del todo diferentes . . . La vía del ecumenismo social y cultural, luego del sincretismo religioso, comienza para los romanos doblando la hoja luego de la guerra de Aníbal.

Muerte de un conductor

Aníbal murió con veneno en la corte de Prusia, pero en un aspecto no murió entonces, ni luego, y tal vez nunca morirá. Ningún hombre, ningún general, ningún extranjero suscitó en Italia una onda emotiva tan tenaz y duradera, a través de milenios hasta hoy, como Aníbal. El hecho de la supervivencia, en un ambiente de pastores y de carboneros, del nombre de un lugar como los "surtidores de Aníbal", cerca del Trasimeno, en el lugar donde ciertamente se halló el observatorio del estado mayor púnico en el 217 a.C., se aparea a la existencia del monte Sdrovaldo (*mons Hasdrubalis*) en el Metauro, del "pozo de Emilio" y del "Paulistimolo", referido a Lucio Emilio Paolo, en Cannas; ¿qué diremos acerca de lo que concierne a la emoción suscitada en el pueblo por las batallas de Aníbal, por la cual en Canne hallamos el "Vendaje de la sangre", en el Trasimeno el monte Sanguinario? Se trata naturalmente de formaciones toponímicas muy posteriores al hecho bélico, pero tenazmente enraizadas en el pueblo. Luego la erudición se apodera de la imaginación y fabula, y llega a inventar una "trinchera de Aníbal" o cosas por el estilo. En fin, todo lo que es antiguo y es colosal o sorprendente puede llevar el nombre de Aníbal: un puente arriesgado construido con grandes bloques, una fuente tan grande que en ella pueden beber los elefantes; pero ello ocurre sobre todo en los lugares en los que la pericia de Aníbal se mostró soberana: ¡cuántos pasos alpinos y de los Apeninos fueron utilizados por los eruditos y por la fantasía popular, con asonancias toponímicas del todo absurdas y con razonamientos ingenuos o capciosos, para demostrar que por allí pasó seguramente Aníbal, que aquel desmonte, que aquella apertura en la roca habían sido realizadas por Aníbal para hacer pasar a sus elefantes! ¡Los elefantes! Son estos animales los que retornan con insitencia en la fábulas, en los nombres, en los recuerdos transmitidos de padre a hijo y consignados luego a la prensa por un erudito local: dondequiera se halla un colmillo, resto fósil de al prehistoria, allí pasó un elefante de Aníbal. El cartaginés no abandona el campo de la fantasía popular, aun cuando la misma se ha industrializado en los festivales y en el espectáculo en general; si los "films" de argumento "púnico" fueron un fenómeno de la última preguerra, todavía Aníbal, como el feroz Saladino, con un rostro negro que nunca tuvo, es el protagonista de truculentas alegorías sobre carros enmascarados: la erudición y la fantasía de Flaubert en el *Salambo* enriquecen la imagen y el concepto de Aníbal como del personaje típico de una civilización en la que se sacrificaban niños a divinidades crueles que se alimentaban de ellos. Aníbal malvado, inhumano, pasa a ser "turco" y en ciertas manifestaciones de hoy la conexión forzada a la tradición de Aníbal se reviste de las formas reservadas en otras partes al odio por el sarraceno.



1

1. Aníbal. Cabado de Chapman, 1800. París, B.N. Estampes.

Vivo por el hallazgo de un colmillo en un pasaje montañez, o por la exhumación de las cenizas de un crematorio del Trasimeno, consignado a la historia, Aníbal dejó de constituir un peligro para los romanos sólo cuando hubo bebido el veneno, mientras los soldados irrumpían en su vivienda, en Bitinia; en efecto, su personalidad era considerada amenazante aun después de que Cartago hubo perdido la guerra contra Roma.

Bibliografía

Una bibliografía sumaria acerca de Aníbal impone un esfuerzo en la elección y en la eliminación de obras que sin embargo son importantes. Sobre la civilización cartaginesa, sobre todo en el momento de Aníbal, se consultarán con interés las recientes obras de G. Ch. Picard, *Le monde de Carthage*, París, 1956; *I Cartaginesi al tempo di Annibale*, trad. it., Milán, 1961; *Hannibal*, París-Bruselas, 1967. Sobre la personalidad política, elegimos los ensayos de E. Groag, *Hannibal als Politiker*, Viena, 1929 y A. Momigliano, *Annibale Politico*, en "La Cultura", XI (1902),, pp. 61-72.

Un cuadro general de las relaciones políticas y culturales con el helenismo se lee en la obra de M. Holleaux, *Rome, la Grèce et les monarchies hellénistiques au III siècle*, París, 1921, así como la obra de U. Kahrstedt, *Geschichte der Karthager*, Berlín, 1919; véanse los capítulos dedicados al mundo cartaginés y a las guerras púnicas por G. de Sanctis en la *Storia dei Romani*, y las numerosas contribuciones de L. Pareti y P. Treves, así como la *Introduzione alle guerre puniche*, Catania, 1947, de S. Mazzarino. También es fundamental el volumen de G. Giannelli, *Roma nell' età delle guerre puniche*, Boloña, 1938, y los ensayos paralelos de E. Pais y de L. de Regibus; sobre la situación interna romana véase F. Casola, *I gruppi politici romani nel III secolo a. C.*, Trieste, 1962.

Siempre fundamental, si bien con numerosas reservas acerca de ciertas soluciones particulares, es la obra de Kromayer sobre los campos de batalla (*Antike Schlachtfelder*, III, 1 y 2, Berlín, 1912), así como el *Schlachten Atlas*, Röm. Abt. 1 y 2, del mismo Kromayer y de Veith (Leipzig, 1922); pero se leerá también con prevecho el volumen de K. Lehmann, *Die Angriffe der drei Barkiden auf Italien*, Leipzig, 1905.

Una obra fundamental acerca de las profundas modificaciones introducidas por la presencia y la actividad de Aníbal en Italia es la de A. J. Toynbee, *Hannibal's Legacy in Italy*, Londres, 1965.

Precio de LOS HOMBRES

ARGENTINA:
Nº 151 al 141 $ 1,80
Nº 140 al 1 $ 2.80

COLOMBIA: $ 9.-
MEXICO: $ 5
PERU: S/. 18

URUGUAY: $ 90
VENEZUELA: Bs. 2.50